

# LOS FUNDAMENTOS SOCIOLOGICOS DEL IMPERIALISMO HISTORICO BRITANICO (1765-1786)

SUMARIO.—I. *Introducción histórica.*—II. *Bernardo del Campo, narrador de la sociedad inglesa.*—III. *Los elementos demográficos:* a) La ciudad, b) El campo.—IV. *Las fuerzas sociales:* a) La mentalidad tradicional: 1) La Casa Real. 2) la mentalidad aristocrática. 3) La política y la diplomacia. 4) El Parlamentarismo. b) Las fuerzas marginales de nuevo cuño: 1) El aventurero. 2) El filósofo. 3) El economista. 4) El literato. 5) El burgués. 6) El industrial. 7) El periodista. 8) El francmasón. 9) El «Clubman». 10) El burócrata. c) La acción transformadora religiosa.—V. *Plasmación del juego de la sociedad en unidad de acción política.*—Notas.

## I. INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

Después de la paz general que el Tratado de Fontainebleau significó en la agitada vida europea, pareció como si una vida más ardiente circulase por todos los rincones de Europa. La población europea, incluso entre guerras y calamidades, aumenta considerablemente; las ciudades adquieren auténtica carta de ciudadanía convirtiéndose en brillantes centros de vida y de cultura; nuevas doctrinas filosóficas, morales, económicas y sociales van uniéndose en un catalizador común que es la política nacional, expresada en ansias expansionistas de signo colonizador o simplemente vitalizante; nuevas figuras humanas, con ideales típicamente dieciochescos, comienzan a moverse en el escenario natural del mundo. La industria y el comercio son denominadores universales que van adquiriendo soltura frente a los viejos conceptos de la artesanía casera y el pequeño comercio interior o de cabotaje. En una palabra, nuevas concepciones de la vida social van asomando por

entre los bastidores diplomáticos de una amplia y prodigiosa vida política que insensiblemente —de modo especial en Inglaterra— va engullendo los viejos y antiguos conceptos de vida social, para darles una composición homogénea que forma proporción directa con los nuevos elementos infiltrados en la sociedad europea.

Entre las naciones europeas —y la denomino así pese a la orgullosa insularidad de que en todos los tiempos han dado pruebas los británicos— es seguramente Inglaterra la que más fuertemente acusa este cambio ocurrido después de la paz de 1763, que si, por una parte, hizo que perdiese excelentes posiciones exteriores, sirvió para que verificase un repliegue interior en el que acaso haya que buscar las bases sociológicas del imperialismo histórico, fruto grandioso del siglo XIX. Veamos, rápidamente, cuál era la situación social, política e internacional de Inglaterra después de la firma diplomática de la referida paz.

Después de 1763 puede decirse que Inglaterra ha echado las bases para la formación de su Imperio mundial. En Occidente, la conquista de Canadá; al sur de este vasto dominio, las trece colonias, desde Massachussets hasta Florida, guardando una identidad geográfica entre el océano y los montes Alleghanys; además, las grandes posiciones estratégicas que son las islas del Azúcar, Barbados y Jamaica. En Oriente, la India, con los gobiernos de Bengala, Madrás y Bombay, posesión de la poderosa Compañía de las Indias Orientales; en Europa, el peñón de Gibraltar, llave del Mediterráneo, en el cual todavía no tiene Inglaterra intereses vitales. Este *British Empire* es, ante todo, un brillante éxito de la propia nación británica; su vocación marinera, su energía y obstinación, la incorporación a su política del comercio y los negocios (*business*) son en sí, y mancomunadamente, elementos situados en la vanguardia de las causas de formación de este imperio, asegurado posteriormente por su organización comercial, la inversión de capitales en las colonias, el rápido progreso del crédito y, sobre todo, la gran transformación que en la vida general va a significar su industria. La circulación incesante de riqueza desde la metrópoli a las colonias y de éstas a la metrópoli, en un constante trabajo individual y colectivo, nos hace presentir mucho tiempo antes de que lo proclamase Adam Smith la existencia en Inglaterra de una máxima fundamental, que no se debe perder de vista si se quiere hacer una cabal interpretación del pueblo británico: el trabajo es la gran fuente productora de riqueza. Pero el trabajo en todas sus formas: agri-

cultura, comercio, industria, banca; y el trabajo por todas las clases sociales, desde el primer magistrado de la nación, desde el último de los políticos parlamentarios, hasta la aristocracia militar y naval, pasando por las nuevas fuerzas operantes en el campo de lo social.

Pero, inmediatamente después de 1763, Inglaterra solamente cuenta con dos fuentes de donde extraer las rentas de aplicación y apoyo a este programa: la agricultura y el comercio. De ambos conseguirá el Estado los ingresos que le permita construir la marina de guerra, modelar los *men of war* protectores del comercio y de las colonias en todos los mares. La totalidad de la suma conseguida —más de siete millones de libras esterlinas— es considerable si pensamos que por entonces Inglaterra sólo contaba con siete millones y medio de habitantes y que, aparte sus oficiales y marinos, solamente sostenían un corto número de funcionarios civiles, espléndidamente retribuidos (1).

La deuda pública era considerable en 1763 —139 millones de libras esterlinas—; el presupuesto, que en 1714 era de cinco millones de libras esterlinas, había aumentado a 16 millones en 1763. En estas condiciones se planteaba el problema acuciante de cómo enjugar todos estos inmensos gastos de guerra. Se volvió la vista hacia las colonias. El Parlamento considera a los colonos como súbditos británicos, pese a la realidad de que mientras los súbditos metropolitanos tenían representantes en el Parlamento, no ocurría lo propio con los colonos. En esta teoría (2) se encuentra al mismo tiempo el germen del imperialismo británico y la pérdida de las colonias americanas. Por eso habría de cambiar sustancialmente —aparte de otras poderosas razones de política interior que estudiaremos en el lugar oportuno— el concepto imperialista británico a partir de 1783, fecha en la que muy superficialmente se fijan los historiadores, y en la que habrá de encontrarse el fundamento de la política británica que habría de llevar a la consecución del poderoso imperio británico del siglo XIX.

En el orden social apreciamos en Inglaterra el fenómeno de la constante modificación de la sociedad bajo el influjo de fuerzas

(1) Cfr. A. ZIMMERMANN, *Die kolonialpolitik Grossbritanniens*, t. I del *Von den Anfängen bis zum Abfall der Vereinigten Staaten*, Berlín, 1898.

(2) Vid. T. POWAL, *The administration of the colonies with an appendix upon the right of taxing them*, Londres, 1764, 2.ª ed. 1774.

económicas. Daniel de Foe y Jonhatan Swift dieron la alarma ante las transformaciones producidas por la revolución inglesa y las grandes guerras sostenidas contra Luis XIV. Hacen ver cómo la Inglaterra de los *country gentlemen*, e incluso de la alta aristocracia hacendada, retrocedía ante la de los comerciantes, armadores, directores de compañías comerciales, banqueros y financieros; el fenómeno es sumamente interesante: el *landed interest*, amenazado por el *moneyed interest*; es decir, el valor-tierra peligrosamente amenazado por el valor-dinero. Pero a pesar de esta alarma, a *gentry* conserva su prestigio; la *old merry England* continúa viva en los *burgos* y pequeñas ciudades, aunque ciertamente banqueros y financieros se convierten en grandes personajes, incluso miembros del Parlamento. Queda un amplio sector en favor de los primeros: para representar los intereses de los burgos y ciudades en el Parlamento es *conditio sine qua non* estar en posesión de un dominio territorial. Es una representación parlamentaria del suelo más que de los hombres. La consecuencia inmediata es la adquisición de dominios por comerciantes, banqueros e industriales enriquecidos (3).

Los propietarios de tierra forman, junto a la aristocracia de dinero, una nueva nobleza, muy mezclada, pero aceptada por la opinión pública, que no tiene prejuicios contra el comercio; los oficiales de marina y del ejército ocupan altas posiciones y muchos de ellos forman necesariamente parte del Parlamento. A su lado, la nobleza de la toga adquiere en Inglaterra una gran preponderancia derivada del carácter jurídico del pueblo inglés, más normando que sajón, que hace revertir cualquier conflicto al aspecto jurídico. Estos juristas detentan elevados y lucrativos puestos, tales como *solicitors* del Tesoro o de la Reina, o jurisconsultos del Board of Trade y del Almirantazgo.

Por debajo de estos hombres de alto rango que en virtud de sus propiedades, su fortuna, su talento o su situación oficial ocupan puestos en el Parlamento, no podemos olvidar la masa de los pequeños propietarios —*yeomen*— que poco a poco van perdiendo su influencia, hasta no tenerla excepto en algunos reducidos burgos o condados. Súbitamente son reemplazados por los granjeros que pagan al *land lord* una fuerte renta. Los pequeños fabricantes de las corporaciones, los artesanos independientes van debilitándose

(3) Vid. B. y S. WEBB, *English local government*, Londres, 1903-1908. 3 vols.

igualmente ante la concentración de empresas. Los que no tienen ni fortuna ni propiedad territorial cuentan muy poco en la sociedad.

La sociedad inglesa sufre transformaciones en virtud de principios económicos, a su vez subordinados a la política. La fuerza, pues, de esta sociedad reside en su propia fuerza económica. Los estamentos inferiores están totalmente sojuzgados —en el país de las libertades— por las clases económicamente fuertes. De hecho sólo existen mentalidades de acción social que siguen un rumbo señalado por altas directrices económicas.

En el aspecto políticogubernamental hay que considerar en primer lugar la diferencia escalonada existente entre estas transformaciones imperialistas y sociales, posteriores a la paz de 1763 y el régimen tradicional inaugurado en 1688. Los partidos *whig* y *tory* se habían establecido sobre una base política: el *tory*, partidario de la prerrogativa real; el *whig*, acostumbrado a la preeminencia parlamentaria; el *tory*, fuertemente atado a las viejas tradiciones; el *whig*, apoyado al mismo tiempo sobre la gran nobleza territorial y revolucionaria de 1688, las nuevas clases enriquecidas y los *dissenters*, presbiterianos, baptistas e independientes. Pero ante las nuevas situaciones creadas por los tiempos —concepción de un Imperio británico y gobierno de ese Imperio, reorganización política, económica y social, libertad religiosa— ninguno de estos partidos tradicionales presenta programas, tampoco sale de entre sus filas nadie que los presente. La pervivencia de estos partidos es, pues, disonante con el ambiente político de la época. El milagro está en haberse adaptado a él.

Los condados han enviado al Parlamento una mayoría netamente *whig*. Se cuentan 384 *whigs* contra 105 *tories*. Aparte de estos 489 miembros quedan un centenar de asientos para el Almirantazgo, las Universidades y diversos cuerpos representativos. Los *Admiralty boroughs* envían 25 oficiales de la marina real: entre ellos destacan los almirantes Anson, Byng, Boscawen, Hardy, Rodney, Howe, Keppel, Cornwallis, que al mando de sus buques y escuadras van a transportar rápidamente sus conceptos, elaborados en el Parlamento, por todos los mares del mundo. Las Universidades envían al Parlamento especialmente juristas y teólogos que gozan de gran reputación en sus viejas escuelas (4).

(4) Vid. especialmente la obra de W. HUNT, *Political history of En-*

Pero ni el Parlamento, en cuanto poder legislativo, puede nada sin el rey, que sanciona las leyes, ni el rey sin el Parlamento. Comenta Madariaga (5) la sabiduría de esta fórmula constitucional británica, mediante la cual el rey reina, pero no gobierna, demostrativa de la tendencia del inglés a no considerar las ideas, sino preocuparse de que las cosas se hagan, lo que suaviza, en aras de la acción común y rápida, el alogicismo de estas formas propiamente británicas.

El Gabinete viene a ser prácticamente un comité de los prohombres del partido que se encuentre en el poder, escogidos con plena libertad por el jefe. En teoría y tradición es un comité del Consejo privado que tiene, entre sus vocales, al presidente del propio Consejo privado y a los presidentes de otros comités especializados: «Board of Trade», Junta de Agricultura, Junta de Instrucción pública, de todas las cuales el primer ministro es vocal. Por una circunstancia puramente lingüística —al no saber inglés el primer Hannover— surge el cargo de primer ministro, que, sin embargo, no arraigará en la tradición británica hasta 1905. Hasta esa fecha no tiene acceso al gabinete que presidirá, no como tal primer ministro, sino como primer lord del Tesoro. El Tesoro es, en realidad, el Ministerio inglés de Hacienda, gobernado por un grupo —*put in commision*— constituido por siete lores del Tesoro. El verdadero ministro de Hacienda y jefe del Tesoro es el canciller del Exchequer, cargo que, por las circunstancias especiales indicadas, asumía el primer ministro.

Al lado de esto, una institución típicamente británica, verdadera fuerza que actúa eficazmente en los servicios administrativos de los ministerios, el *Civil service*, adornado con una cualidad esencial de espíritu público, con una absoluta y abnegada entrega a los intereses del país, dan eficacia a este montaje político. Por su parte, el pueblo inglés, destaca Madariaga (6), totalmente jerarquizado en sus distintos encuadramientos sociales, está naturalmente predispuesto a creer lo que le dicen sus directores. Aun cuando en ocasiones se incorpore, como veremos, en forma de tumultos,

---

*gland from the accession of George III to the close of Pitt's first administration*; en la colección de la *Political History*, de W. HUNT y PROLE, Londres, 1905.

(5) SALVADOR DE MADARIAGA, *Ingleses, franceses, españoles*, Buenos Aires, 1946.

(6) Op. cit., p. 188.

a las decisiones gubernamentales, esto será debido, fundamentalmente, a la acción de elementos extraños al mismo pueblo. La tendencia gregaria de éste hace posible la unión nacional, ya que el inglés acude a la política con un fuerte criterio nacional.

Así, pues, las circunstancias políticas de Inglaterra, que ha sido preciso recordar, aún a trueque de presentar aspectos conocidos ya a través de numerosas investigaciones, nos hacen ver una característica fundamental que sobersale sobre las otras de índole tradicional, institucional y jurídica: la tendencia a la unidad de criterio, la facilidad de crear una conciencia nacional, partiendo incluso de bases puramente tradicionales.

## II. BERNARDO DEL CAMPO, NARRADOR DE LA SOCIEDAD INGLESA

En mis investigaciones acerca de la singular figura diplomática de Bernardo del Campo (7) pude comprobar cómo en la correspondencia dirigida al secretario del Despacho de Estado, conde de Floridablanca, proporcionaba datos de gran interés para el conocimiento de la sociedad inglesa. Estos datos documentales vinieron a completar las ideas que desde hacía tiempo me confirmaban en la creencia de que la unificación de la sociedad inglesa en un momento al parecer decadente de su política, venía dada en razón de una concatenación de intereses sociales hacia una doble aspiración de tipo político y de tipo económico, expresadas en la realización del gran imperio británico del siglo XIX. Porque —y aquí es donde habrá de verse con mayor claridad— este complejo de tierras y pueblos amalgamados en el siglo XIX tiene sus indudables orígenes en el siglo XVIII, en el que se echaron las bases para la formación de esa gran realidad que continúa siendo el Imperio Británico. Razones de tipo imperialista, realidades de tipo económico, acciones de índole social, pero todo sólidamente concatenado en una unidad de acción política.

La aparición de Bernardo del Campo en la escenografía inglesa ocurre en el año 1783. La importancia políticouniversal de esta fecha es extraordinaria. Se cierra en ella la paz de París con un triple resultado pacifista: reconocimiento por parte de Inglaterra

---

(7) Vid. mi estudio, *La paz de 1783 y la misión de Bernardo del Campo en Londres*, «Estudios de Historia Moderna», II, Barcelona, 1952.

de la independencia de los Estados Unidos del Norte, antigua colonia suya; paz por separado —sería interesante, pero no es el momento, analizar las razones de la ruptura o quiebra del III Pacto de Familia, aunque es importante señalarla como síntoma de descomposición de una alianza borbónica frente a Inglaterra— con Francia y con España. Por otra parte, y en el orden interior inglés, sobreviene un paréntesis en la orientación política que la figura genial del primer Pitt había impuesto, apoyado fuertemente en el pueblo, para sobrevenir un período de atonía política en el que la lucha dual de los partidos ingleses, que representan tendencias opuestas, impone una inestabilidad que engaña a los diplomáticos de las grandes potencias europeas. Aquí es interesante subrayar la opinión de Shelley, cuando aseguraba que el Imperio británico fué creado en un momento de descuido universal. Indudablemente este es el momento. Recuperación interior política, estabilización social y señalamiento de nuevas directrices económicas, debidas en gran parte al nuevo Pitt, que levanta la idea inglesa de dominación universal, aunque no por rutas puramente bélicas.

En este momento es cuando Floridablanca decide enviar a Londres un hombre de su absoluta confianza que contrarreste las exageradas miras de Inglaterra, operando en el mismo seno británico. Este hombre es Bernardo del Campo que, bruscamente ascendido de la escala burocrática española, realiza en tres años una inteligente misión de índole diplomática y política, brillantemente coronada con la Convención firmada en Londres en 1786 (8).

Pero no vamos a insistir en el desarrollo de esta misión. Nos interesa ahora destacar otro aspecto, no menos interesante de ella: la narración que en sus escritos hace Campo de la sociedad inglesa, proporcionándonos un cuadro de sus condiciones vitales, que le revela como hombre dotado de fina percepción psicológica. De este modo nos aparece el dato escueto, alumbrado con sus ingeniosas reflexiones, lleno de contenido y de viveza. La corte real inglesa, los personajes de la casa real reinante, las secas recepciones diplomáticas, los representantes europeos acreditados en Londres, los políticos ingleses, con sus disensiones, virtudes y defectos personales, las discusiones parlamentarias, la elecciones, la vida social, sus elementos, los problemas internos y exteriores de Inglaterra,

---

(8) Véase en mi citado estudio, el desarrollo del cumplimiento de la misión encomendada a Bernardo del Campo en Londres.



en imágenes sucesivas, tendrán su correspondiente puesto en la diaria correspondencia de Bernardo del Campo, que de este modo se convierte en riquísimo venero donde informarse acerca de la mentalidad, las circunstancias de Inglaterra en este período crítico donde se encuentran, paradójicamente, los signos de su nueva preponderancia europea y mundial.

Como narrador, pues, de la vida inglesa es inapreciable el valor de fuente histórica que tiene la correspondencia de Bernardo del Campo. Veámoslo ahora en su personalidad humana.

Nacido en la villa de Belorado, provincia de Burgos (9), sabemos que en 1771 ocupa un modesto puesto burocrático de Oficial en la Secretaría de Estado, en el que indudablemente se distinguió, pues en dicho año fué nombrado por el Rey, secretario de la Orden de Carlos III (10), «en atención a lo satisfecho que me hallo del mérito y servicios de este sujeto». Grandes serían estos «méritos y servicios», pues el rey había expresado, cuando de buscar secretario para la Orden, por él tan querida, se trataba, «elegiremos para ello sujeto distinguido, inteligente y celoso...» (11).

Cuando el 19 de febrero de 1777, ocupa la secretaría del Despacho de Estado don José Moñino, conde de Floridablanca, Bernardo del Campo habría de ser nombrado inmediatamente secretario de dicho departamento, puesto en el que perduraría hasta su nombramiento como ministro plenipotenciario en Londres, el año 1783, con motivo de la firma del tratado preliminar de paz que en París firmó el conde de Aranda.

Como diplomático su papel es brillante. Tanto que después de la firma de la Convención de Londres entre España e Inglaterra, en 1786 el Rey lo premia con la concesión del título de Castilla y denominación de Marqués del Campo, al tiempo que se ratifica su permanencia en Londres, no como ministro, sino como embajador de su Católica Majestad, en cuyo puesto se mantuvo hasta el año 1795 (12).

---

(9) Vid. Expediente personal de Bernardo del Campo, AHN. Estado. Leg. 3.416.

(10) R. O. de 19 de septiembre de 1771, San Lorenzo, 19 septiembre de 1771; AHN., Carlos III, Libro 114-B, fols. 24 r.-24 v.

(11) Real Cédula de Constitución de la Orden, artículo XXVIII, AHN. Carlos III, Libro 114-B.

(12) Despacho de Godoy a B. del Campo, Aranjuez, 18 de febrero de 1795, y respuesta, Londres 13 de marzo de 1795. AHN. Estado. Leg. 3.416.

Nos interesa destacar de entre todas las facetas caracteriológicas de Bernardo del Campo, la de su aguda percepción psicológica que, íntimamente unida a su gracejo de lenguaje, va a proporcionarnos tantos y tan sutiles datos del máximo interés para efectuar la reconstrucción del pasado histórico en el momento que comentamos.

### III. LOS ELEMENTOS DEMOGRÁFICOS

Parece importante destacar cuáles fueron las bases de sustentación de esta sociedad inglesa que habría de englobar sus actividades en el denominador común político, con sus variantes de tipo económico. Por ello tratamos, esquemáticamente de ofrecer un cuadro del movimiento demográfico de la población británica en las distintas actividades vitales en juego, ciudad y campo. Ciertamente, es necesaria esta discriminación por el papel grande que en la política inglesa adquiere la tierra, y el papel característico de la ciudad, como focos políticos y económicos, principalmente comercial, mientras el campo guarda la riqueza agrícola y, lo que es más importante, la riqueza industrial.

a) LA CIUDAD.—Uno de los hechos que más han influido en el desarrollo cultural de los pueblos es el rápido aumento que muchas ciudades registran en el número de sus habitantes a partir del siglo XVI, para llegar a sus más altas expresiones en el XVIII. A principios del siglo XVIII Londres sobrepasa ya el medio millón de habitantes (674.350) (13), creciendo lentamente durante dicho siglo, en el que llega a contar 864.845 habitantes, según el censo de 1801.

¿Qué fenómeno ha motivado el crecimiento de estas ciudades? En esencia, el mismo que en la Edad Media determinó la formación de la ciudad. El desarrollo de las grandes ciudades hemos de buscarlo en el asentamiento en ellas de grandes consumidores. De entre todas las grandes teorías de la ciudad acaso sea la más importante la de Cantillon (14) que, aunque elaborada especialmente por los fisiócratas, por cuanto servía de base a sus doctrinas, es

(13) Estas cifras están tomadas del importante trabajo de F. BELOCH, *Evolución de las grandes ciudades europeas*, «Actas del VIII Congreso Internacional de demografía», 1894, p. 55.

(14) *Essai sur la nature du commerce*.

aceptada por otros muchos tratadistas. El origen de la ciudad, según él, es el siguiente: «Si un príncipe o un señor fija su residencia en un lugar grato y otros señores acuden allá y se establecen para verse y tratarse en agradable sociedad, este lugar se convertirá en una ciudad con grandes casas para los referidos señores. Construiránse también otras muchas casas para los mercaderes, artesanos y otros profesionales, que la residencia de aquellos señores traerá. El servicio de los citados señores requerirá panaderos, carniceros, cerveceros, vinateros, fabricantes, que construirán casas o alquilarán los locales construídos por otros negociantes... Todas las casas pequeñas de una ciudad, como la aquí descrita, dependen de las grandes casas... La ciudad crecerá aún más si el rey o el Gobierno establece en ella tribunales de justicia...».

Lo elemental de teoría semejante es auténtica realidad. En Quesnay (15) se demuestra la ligazón existente en aquella época entre el lujo y la formación de las ciudades (16). Si el radio de acción de la ciudad se extiende, débese, fundamentalmente a la concentración del consumo en los centros urbanos del país. Demuestra Sombart (17) la exactitud de este concepto haciendo ver cómo los productores, comerciantes e industriales no salen del estrecho círculo de las pequeñas ciudades. Ciudades propiamente mercantiles como Bristol —considerada por un viajero del siglo XVIII como la mayor y más poblada de la isla y de la máxima importancia en Europa (18)— o las otras ciudades florecientes de Inglaterra. Exeter, Lynn Norwich, Yarmouth, no cuentan más de 30 ó 40.000 habitantes, al tiempo que Londres contaba por entonces más del medio millón. Los centros industriales, ciudades mineras o centrales de industrias caseras, como New Castle, Glasgow, Leeds, Manchester o Birmingham, son ciudades medianas o pequeñas.

Hay, pues, en la Inglaterra del siglo XVIII, dos tipos de ciudades diametralmente opuestas: ciudades productoras, que hasta final de siglo no tendrán una población superior a los 100.000 habitantes, y otro tipo de ciudades consumidoras, en el siglo que nos

(15) *Questions interessantes sur la population, l'agriculture et le commerce*, ed. Oncken, p. 250 et seq.

(16) Vid. los comentarios que a tal efecto hace brillantemente W. SOMBART, *Lujo y capitalismo*, trad. castellana, 2.<sup>a</sup> ed. Madrid, 1951.

(17) Op. cit., p. 43.

(18) DANIEL DE FOE, *A tour through the islands of Great Britain*, 1724.

ocupa, solamente Londres, brillante foco de atracción para la *nobility* y la *gentry*, que en el siglo XVII, pese a los numerosos edictos dados por los dos primeros Estuardos, se trasladan a Londres en masa. De modo que a principios de la centuria dieciochesca, se presenta como la sede de la *nobility*, la *gentry*, cortesanos, juristas, médicos, comerciantes, navegantes, artistas, etc.

Durante el siglo XVIII concéntranse en ella nuevos elementos, de tipo económico —el acreedor del Estado y el alto financiero—; de tipo social —el aventurero, el filósofo, el burgués—, y de tipo político —el periodista, el burócrata, el «clubman»— o mezcla, característica en el XVIII, de unas clases con otras. Un fenómeno interesante es el desplazamiento de la nobleza a las afueras del radio urbanístico de la capital, para ahorrarse molestias e incomodidades, tales como el humo del carbón. Así, a principios de siglo ya señala De Foe (19) la existencia de 17 parajes próximos a la capital, «engrandecidos por las ricas casas y palacios de la nobleza y de la *gentry*».

Es sumamente interesante calcular la participación de los grupos de población en la estructura de la ciudad. Esto es lo que ha hecho W. Sombart (20). En 1700, el valor de la importación y exportación de Inglaterra se eleva a unos 11.000.000 de libras. Calculando un beneficio medio del 10 por 100 sobre ese valor, resultará un total de 1.100.000 libras. Calculando en  $\frac{2}{3}$  la parte que a Londres correspondía del comercio inglés, resulta una suma de 750.000 libras (en redondo) como beneficio líquido para los comerciantes londinenses. A través de los cálculos de King acerca del promedio de ingresos de las familias pertenecientes a la clase artesana inglesa, Sombart llega a la conclusión de que con tales beneficios, no podrían pasar de 100.000 los individuos londinenses que en aquella época podían vivir del comercio; es decir,  $\frac{1}{6}$  ó  $\frac{1}{7}$  de la población total. Si comparamos estas cifras con los emolumentos percibidos por los monarcas (21) —Jorge I y Jorge II recibieron, respectivamente, por lista civil 800.000 y 900.000 libras esterlinas y los sueldos de que disfrutaban los militares y funcionarios civiles de Inglaterra, en muchas ocasiones 1.000 y 2.000 libras— resulta que «la participación que corresponde a cada fac-

(19) Op. cit.

(20) Op. cit., págs. 57-60.

(21) A través de las «listas civiles», aprobadas por el Parlamento.

tor en la formación y estructura de Londres es la siguiente: dos sextas partes viven del Rey y de la Corte; una sexta parte de los funcionarios; dos sextas partes de los propietarios territoriales y la alta finanza y una sexta parte del ejercicio de la industria y el comercio».

Este hábil cálculo, que indudablemente juega con aproximaciones, nos da una acertada idea de la distribución de la población londinense a lo largo del siglo XVIII. Teniendo en cuenta que estos cómputos están basados en datos de principios de siglo, podemos valorar la proporción según el aumento de la población de Londres a finales de siglo —unas 300.000 almas— y el incremento de nuevas fuerzas sociales, especialmente de tipo comercial y financiero en favor de estos últimos.

Ya veremos, en su oportuno lugar, el desenvolvimiento de cada una de estas fuerzas sociales en el ámbito británico, y especialmente londinense; ahora conviene valorar la situación del otro factor, tan importante en la vida inglesa: el campo.

b) EL CAMPO.—Inglaterra es, hacia 1760, un país rural, en el que el comercio y la industria tienden, cada vez con mayor fuerza, a tomar un rango importante. ¿En qué época se produce este cambio? El contestar esta pregunta con una respuesta concreta, sería caer en grave error, porque en la transformación agraria inglesa no existe un cambio brusco de tipo revolucionario, sino una lenta evolución que desde los siglos XVI y XVII opera, acelerándose desde 1760 hasta su pleno tiempo en 1820.

Entonces Inglaterra parece totalmente cambiada en su paisaje. Aparece como un país industrial y comercial, en el que la agricultura se encuentra en segundo plano, e incluso se industrializa, al contacto con las zonas industriales y los grandes mercados. Esta transformación ciertamente se opera a partir de 1760, pero no podemos comprometernos a dar solución a tan complejo problema con unas breves líneas (22).

---

(22) Tal cuestión ha motivado profundos y amplios estudios, entre los cuales destacan: E. JONHSON, *The disappearance of the small landowner*, Londres, 1909; W. H. R. CURTLER, *The inclosure and redistribution of our land*, Oxford, 1920; E. C. K. GONNER, *Common land and inclosure*, Londres, 1912; R. PROTHERO (Lord Ernle), *The pioneers and progress of English farming*, Londres, 1888; J. L. B. y BÁRBARA HAMOND, *The village labourer, 1760-1832*, Oxford, 1911, entre otras muchas.

La evolución transcurre de los campos abiertos —*openfield*—, con sus correspondientes tierras comunales —*commonwaste*—, a los campos cerrados —*inclosure*—, con predominio de los grandes propietarios. En el condado de Nottingham, por ejemplo, que en 1760 no existen más que 13.000 acres cerrados del *openfield*, habrá en 1830 más de 130.000, en total, con el *common waste*. La lucha entre los defensores de ambas tendencias es dramática y el final es la creación de un país de suelo cerrado, con el consiguiente predominio y abatimiento de mentalidades sociales. El ansia, simultánea, de los *landlords*, por aumentar la renta de la tierra, frente al capitalismo del comercio y la industria, les mueve al arrendamiento a corto plazo, que provoca un fenómeno social característico: la búsqueda de lugar de trabajo en la industria, por parte de la mano de obra, al tiempo que en los burgos y villas surge la potente clase burguesa que incluso habría de hacer la competencia a la *gentry* y a los candidatos de los grandes «patrones» territoriales.

Los nuevos hombres —en buena parte, producto de la concentración del suelo— lucharán contra los monopolios económicos y el privilegio administrativo de la *gentry*. Estos nuevos hombres —negociantes, fabricantes, banqueros— están llamados a ostentar un gran papel en el futuro imperialista de Inglaterra.

Simultáneamente, el campo se industrializa poco a poco adquiriendo una nueva fisonomía. Al advenimiento de Jorge III (1760), en Inglaterra se consideraba que la producción de lanas y granos era la más segura base de la riqueza nacional. Por eso la industria estaba dirigida especialmente sobre las materias primas proporcionadas por el campo: géneros de lana, calceterías, hilaturas de seda, cintas, géneros de algodón, se distribuían por la geografía del país dando especial característica a cada una de las regiones donde se asentara. Pero la era del maquinismo se aproximaba rápidamente y con ella la intensificación industrial de lo extractivo, en proporción directa a los progresos de la fuerza motriz (23).

Las nuevas fuerzas industriales adquieren poder comercial actuando sobre los oficios y corporaciones, como control corporati-

---

(23) Vid. un excelente cuadro de esta evolución en F. W. TICKENER, *Historia social e industrial de Inglaterra*, trad. española de LEOPOLDO PARNERO, ed. Pegaso, Madrid, 1945.

vo (24). Al propio tiempo el maquinismo —todavía incipiente— obra el milagro del acrecentamiento de la mano de obra, que ya vimos cómo tendía hacia las nuevas fuerzas industriales abandonando lo agrícola (25). Como contrapartida habría de surgir el espinoso problema de los salarios, produciendo los consiguientes alborotos y revueltas, preludio del clasismo.

Uno de los fenómenos más característicos es el de las minas de carbón. En el año 1700 sólo producen 2.610.000 toneladas; en 1750 esta producción se ha duplicado —4.770.000 toneladas— y en 1770 suministran 6.200.000, al tiempo que la producción adquiere un *crescendo vivace* (26). De entre las cuencas hulleras, la más rica es la Northumberland, que en 1770 proporciona 1.500.000 toneladas —cuarta parte de la producción total—, suficientes para alimentar a Londres, Países Bajos y Francia. A su lado rivalizan las cuencas de Yorkshire, Cumberland, Lancashire, Birmingham y Gales.

El hierro, el estaño, el cobre, abundan en el País de Gales y en Cornwallis y su extracción ha mejorado con la introducción de la bomba a vapor de Watt. Se extienden estos metales por las cercanías de las cuencas hulleras. Un mundo de forjas surge en los alrededores de las minas, produciendo una nueva riqueza industrial de tipo metalúrgico que muy pronto se concentra en grandes promotores de industria: Abraham Darby, en Coalbrookdale, que producirá a finales de siglo unas 14.000 toneladas de hierro, y Wilkinson, que establecido en Bradley, cerca de Wolverhampton, hacia 1754, está en pleno apogeo hacia 1787, gozando de ilimitado crédito esta nueva fuerza económica sustentada en base social. Grawshay, *the iron king*, en Gales del Sur, y otros muchos, ponen de relieve la potencia del esfuerzo individual actuando en el seno de organizaciones de índole social y actividad económica

---

(24) Es este fenómeno de gran interés para el estudio social de Inglaterra. En efecto, parece paradójico que en el país de las libertades existiesen estas trabas a la libertad económica. Como contrapartida surgirá la doctrina de ADAM SMITH.

(25) En 1780, en efecto, de 20.000 obreros tejedores existentes en Inglaterra, 17.000 se localizaban en los Midlands; cfr. E. LIPSON, *History of the woolen and worsted industry*, Londres, 1921.

(26) Es interesante consultar a este respecto la obra ya clásica de ROBERT HUNT, *British mining. A treatise on the history, discovery, practical development and future prospects of metalliferous mines in the United Kingdom*, Londres, 1884, 2.<sup>a</sup> ed., 1887.

que ya se anuncia brillantemente en Inglaterra: la empresa. Porque en las diversas industrias del hierro predomina lo mismo el *factory-system*, en el que se concentran capital y mano de obra, como el *domestic-system*, en el que la mano de obra trabaja dispersa y relativamente independiente, a domicilio (27); pero ya se anuncia la tendencia a la concentración del trabajo, con los capitales, en la mayoría de las industrias extractivas y metalúrgicas.

Las cifras hablan, en este sentido industrializante, con mayor claridad que las palabras. En 1688, según el economista Gregory King, había en una Inglaterra de cinco millones y medio de habitantes, cuatro millones y medio dedicados a la agricultura, y medio millón a la industria y al comercio. En 1769, Arthur Young (28) contaba en una Inglaterra de ocho millones y medio de almas, tres millones de agricultores y tres millones de industriales. Aunque esta estadística sea, ciertamente, aproximativa, en tanto en cuanto no se tenían entonces los medios de cálculo demográfico que dieran absoluta precisión, bien nos demuestran el rotundo cambio que se ha operado en Inglaterra.

#### IV. LAS FUERZAS SOCIALES

Por lo que hasta aquí hemos visto, es fácil comprobar la coexistencia en la Inglaterra del período que estudiamos de dos mentalidades. En su lugar oportuno (29) comprobaremos en qué medida se complementan o se aíslan —que en principio podemos claramente diferenciar— en cuanto que una responde a viejos postulados tradicionales de la vida política y social inglesa, mientras que la otra adquiere, en razón de su novedad, caracteres especiales de acción y conjunción. La primera es la integrada por mentalidades tradicionales: la Casa Real, la nobleza, la política y la diplomacia, el parlamentarismo, la aristocracia militar y naval. La segunda, las fuerzas de nuevo cuño, a la que no podemos asignarle una mentalidad por cuanto en su quehacer son radicalmente distintas, está compuesta por los elementos que, con ciertas

(27) Cfr. W. CUNNINGHAM, *The growth of English industry and commerce in modern times*, Cambridge, 1921-22, 3 vols. nueva ed. Londres, 1925, 2 vols.

(28) *Tours in England from 1767 to 1770*, Londres, 1770.

(29) En el párrafo V.



reservas, pudiéramos bautizar con el nombre genérico de «producto de los nuevos tiempos», es decir, tipos sociales o fuerzas de índole intelectual, moral o social tal como el aventurero, el filósofo, el economista, el literato, el burgués, el industrial, el periodista, el francmasón, el *clubman* y el burócrata, así como las nuevas directrices religiosas, que habrán de ejercer profunda acción social en la mentalidad de determinados sectores de la población británica metropolitana y colonial.

Es importante la consideración de estos factores porque todo el régimen de trabajo capitalista, que tiende al monopolio y al imperialismo económico y marítimo, no puede conseguirse sin el mantenimiento de una muy firme voluntad, sin la existencia de una formidable energía moral, intelectual, filosófica sustentante del andamiaje políticosocial sobre el cual operamos. El juego, en muchas ocasiones intrincado, de todas estas modalidades de tipo social, ha de proporcionarnos conclusiones claras acerca del imperialismo político y económico de Inglaterra, en cuanto entendemos que son estas fuerzas las que lo alientan y sustentan. Pero no adelantemos juicios sin valorar previamente los factores.

a) LA MENTALIDAD TRADICIONAL.—Madariaga (30) ha sabido, con clara percepción psicológica, dar en el clavo de la fórmula tradicional británica. «Encontramos a Inglaterra —dice— organizada bajo una Constitución que descansa en la tradición, la comodidad y la práctica.» Este sustentáculo tradicional es el que interesa estudiar ahora en sus distintas facetas sociales, en sus cuadros directivos que, por razón tradicional, conducen la vida política inglesa.

1) *La Casa Real*.—Cuando el 25 de octubre de 1760 moría repentinamente Jorge II de Hannover, subía al trono un joven de veintidós años, nieto del anterior, que pugnaría por hacer cambiar radicalmente el concepto que de la realeza se tenía en Inglaterra: Jorge III. Aunque era, como sus predecesores, hannoveriano, nacido y educado en Inglaterra, sus afectos le vinculaban a ella más que a los territorios patrimoniales de sus predecesores, y así lo proclamó en su primer discurso de la Corona: «me envanezco con el título de británico». Pero este joven rey, que tan dilatadamente reinó en Inglaterra, no habría de conformarse fácilmente con la vieja y sabia fórmula inglesa de «reinar, pero no gober-

(30) *Ingleses, franceses, españoles*, Buenos Aires, 1946, p. 183.

nar», y esta decisión habremos de encontrarla en motivos educacionales. En efecto, si comprobamos datos biográficos apreciaremos que su educación estuvo a cargo de su madre, Augusta, princesa viuda de Gales (31), que le enseñó la importancia de ser rey de un pueblo, las responsabilidades de su cargo efectivo, ayudándose de otros elementos gubernamentales. La teoría de la «prerrogativa real», que tantas convulsiones habría de originar en el trasfondo político de la nación, hemos de rastrearla en el fondo educativo del príncipe. El otro personaje influyente en su carácter hubo de ser Juan Estuardo, tercer conde de Bute, su preceptor y hombre de confianza que, insistiendo en los mismos complejos, trastocó el concepto que ya era tradicional en la política gubernamental inglesa.

Pero —y esto lo veremos al estudiar la política inglesa— los cálculos habrían de fallarle rotundamente. La oposición política de esa gran figura del parlamentarismo británico que fué William Pitt, su deseo de afirmar en el poder a su favorito lord Bute, y con él al partido *tory*, defensor de la prerrogativa real, habrían de fallarle, y el buen rey Jorge III hubo de conformarse con mantener su dignidad real ante la lucha de dualidades políticas, en la que finalmente habría de triunfar el partido *whig*. En el momento de la llegada de Bernardo del Campo a Londres —1783—, la situación del monarca está en equilibrio y el retrato que de él nos brinda (32) es sumamente interesante al respecto:

«El Rey británico es un soberano adornado de luces y de instrucciones, que une a un carácter humano y amabilísimo; buen esposo, buen padre, no sólo de su propia familia, sino también de sus vasallos, pero con todo este conjunto de prendas no logra sostener el decoro de su dignidad por la excesiva deferencia que tiene con los que intentan mostrar su propio orgullo y contradecirle. Todos los hombres sensatos convienen en que la debilidad del Monarca es la causa principal de los singulares sucesos que se han visto en estos últimos años; porque a haber querido obrar con vigor en mo-

---

(31) Tan vinculada a las ideas autocráticas propias de los pequeños Estados del Imperio germánico, de donde familiarmente procedía.

(32) B. del Campo a Floridablanca, Londres, 20 de abril de 1783 (existen tres cartas de la misma fecha), AHN. Estado, Leg. 4.246.

mentos oportunos, se habría hecho respetar siendo como es el dispensador de gracias; y que al cabo cada intrigante no aspira más que a labrar su fortuna.»

Se aprecia en esta descripción, ante todo, el «carácter humano y amabilísimo» del rey Jorge III, que pese a sus virtudes de excelente soberano no logra imponerse sobre una facción de tipo político. Naturalmente, Bernardo del Campo no está en antecedentes de que la aparente «debilidad» del monarca —sobre la cual seguramente lo informaron miembros del partido *tory*— estaba supeditada a la vieja y tradicional fórmula parlamentaria y gubernamental inglesa. Y es lógico, puesto que Campo estaba más acostumbrado al absolutismo de los Borbones, por lo cual le era difícil comprender estas doctrinas gubernamentales radicalmente opuestas a las conocidas.

Tampoco puede tener una aplicación universal esta calificación de «intrigantes que aspiran a labrar su fortuna» que Campo hace de los políticos ingleses. Demuestra con ello no conocer el juego de partidos tan tradicionales en la vida británica, ya que si hubo efectivamente quienes sólo buscaban su «fortuna», la regla general en los políticos ingleses habría de ser encauzar el bien público antes que su propio medro.

La reina, Sofía Carolina de Mecklemburgo, es también descrita (33) como «llena de todas las prendas y cualidades que pueden apetecerse en una persona de su alta jerarquía, era querida por toda la nación, que la amaba y veneraba». Sus habituales ocupaciones eran la crianza de sus hijos, como buena madre, y como esposa modelo, auxiliar al rey en cuanto podía proporcionarle consuelo y consejero cariñosos, o bien atendiendo con toda solicitud, bondad y «agasajo» al público con el cual se entrevistaba, ya fuese la alta y elevada aristocracia, ya el pueblo, en sus salidas hacia él.

En cuanto al joven y alborotado príncipe de Gales, no es la descripción tan favorable (34). En efecto, Jorge Augusto Federico, que en el doloroso trance del trastorno mental de su padre habría de ser regente, y a su muerte coronado rey de Inglaterra con el apelativo de Jorge IV, dejaba mucho que desear en su conducta. Siempre se le veía acompañado de un grupo de «jóvenes alocados»,

---

(33) Ibidem.

(34) Ibidem.

por consejo de los cuales «llevaba una vida disipada, llegando en ocasiones a perder «el sentido» por el excesivo uso del vino». Hombre extremado en todas sus manifestaciones, se entregaba locamente al deporte de reyes que es la equitación, siendo frecuente verlo por las calles de Londres a galope desenfrenado, seguido por un criado con la librea de su casa. En cuanto a su conducta política era el príncipe de Gales la más amarga sombra que tenía frente a sí el rey. Utilizado como cabeza de partido por los *whigs*, amigo personal del intrigante Carlos Fox, estaba terminantemente opuesto a la política de su propio padre el rey Jorge III.

«Parece mentira --expresa Campo-- que este príncipe, por joven e incauto que sea, no caiga en la obvia y sencilla reflexión de que si halla justo tal manejo en su tiempo contra su padre soberano, lo será también cuando él reine y su hijo o sucesor empiece a espigar.»

Pero estas consideraciones seguramente jamás habrían de torturar la conciencia del alocado príncipe, que acaso fuese el principal causante, con su conducta, del desequilibrio mental de su padre.

En torno a estas figuras centrales de la Corte es fácil imaginar el ambiente personal; las damas de honor de la reina, los acompañantes del príncipe de Gales, los hombres de confianza del rey, los diplomáticos acreditados ante la Corte, desenvolviéndose en su vida cortesana, ya fuese en los rígidos *levés*, ya fuese en los aristocráticos bailes dados en Saint-James, ya fuese en las reuniones privadas del Consejo real en *Buckingham-House* (35), ya en el salón del trono, o en las habitaciones reales, como también en las célebres partidas de caza a caballo, en las que siempre habría de procurar Campo situarse cerca del rey para tratar a solas con el monarca los asuntos de ambas coronas, insistiendo en tal razón acaso sin llegar a saber la inutilidad de que el rey tomase determinaciones si no estaban

---

(35) El palacio de Saint-James, que dió nombre al gabinete británico, era entonces un inmenso edificio hecho de ladrillos, sin lujo ni suntuosidad. Rodeábalo el gran parque, en uno de cuyos extremos se encontraba el palacio de Buckingham, que compró Jorge III, al duque de aquel nombre, para regalarlo a su esposa. Cifr. P. LUIS DE COLOMA, S. J. *Retratos de antaño*, Madrid, 1943.

avaladas por el consejo de sus ministros y aprobadas por el Parlamento (36).

La vida del rey y la reina era sencilla, en violento contraste con la del príncipe de Gales. Los lunes y miércoles, al levantarse, concedía audiencia el rey, y los jueves lo hacía la reina. Una vez por semana acudía la familia real al teatro, a un palco alquilado, pero no reservado, que se adornaba con gran magnificencia, pero que al día siguiente podía ocupar quien lo pagase (37). Los conciertos y, sobre todo, los paseos eran otras diversiones cortesanas (38), sin contar las innumerables aventuras galantes tan abundantes en todas las cortes europeas.

En esta sociedad inglesa, y en cuanto su nombre proviene de la misma corte, hemos de destacar la existencia en Londres de esa plaga, terriblemente acentuada en el siglo XVIII, de la *cortesana*, nombre genérico con el cual no quiere decirse que pulule alrededor de la corte, sino que su aparición es un fenómeno social que tiene su origen en el establecimiento de la corte en determinado lugar. Hace ver Sombart (39) cómo un inglés soltero, con más de 2.000 libras de ingresos, invierte para sus necesidades unas 200, empleando el resto en diversiones, especialmente en mujeres. Fenómeno de índole capitalista en una sociedad eminentemente capitalista y que, como agudamente observa, engendra un extraordinario lujo cortesano (40).

Así, pues, se distingue claramente la coexistencia de una vida de corte reglamentada por las figuras centrales de los reyes, y una vida cortesana que puede girar en torno de ésta, o como consecuencia de la vida disipada de los *petimetres* que, precisamente en Londres, tanto gastaban en el buen vestir y vivir.

(36) Véase tal escena narrada en mi ya cit. artículo, *La paz de 1782 y la misión de Bernardo del Campo en Londres*, Barcelona, 1952.

(37) El teatro del *Covent-Garden*, era por entonces, pese a su forma cuadrada, uno de los mejores de Europa.

(38) Por las tardes se efectuaba el paseo en carrozas las damas y a caballo los señores, ya fuese en Saint-James, ya en los jardines contiguos de Green-Park y Hyde-Park, ya en los más amplios y alejados de Kensington, que en verano y primavera era punto de reunión de las gentes elegantes. Privada de Campo a Floridablanca, Londres, 20 de mayo de 1783, AFIN, Estado, Leg. 4.246.

(39) Op. cit., capítulo III, p. 89.

(40) En Londres se publicó el catálogo *Harry's List of Covent-Gardens Ladies*, cit. SOMBART, op. cit. sup., p. 90.

2) *La mentalidad aristocrática.*—La estructura social inglesa es producto directo de la predisposición de la raza para la colaboración espontánea. La sociedad inglesa no es un todo homogéneo y orgánico, sino que se encuentra dividida en clases y subclases, cada una de las cuales desempeña su papel en el conjunto, al tiempo que cada una adquiere una conciencia de su realidad y, por ende, una mentalidad actuante. La norma y el modelo en esta sociedad es la aristocracia.

El aforismo *the right man in the right place* es la norma del aristocratismo inglés (41), que es la jerarquía organizada espontáneamente por la obra lenta y continua de la tradición. La aristocracia inglesa no descansa sobre una fuerza militar ni está fundamentada en un sistema político, ni tampoco enfrentada a las masas; por el contrario, se halla sólidamente asentada sobre el consentimiento del pueblo inglés. Esto puede explicarnos muchas cosas. En primer lugar, que la conciencia aristocrática es universalmente aceptada por las distintas mentalidades sociales, como la cabeza jerárquica de todas ellas; en segundo lugar, la importancia que en la vida inglesa han de tener, por ende, las minorías aristocráticas.

La uniformización de esta conciencia parte, indudablemente, de las *public-school*, en las que los escolares pierden su valor individual para convertirse en un producto humano homogéneo. Se completa en las Universidades, y en el Parlamento adquiere la madurez última.

Por lo apuntado sería inútil señalar la existencia de una aristocracia de la tierra, de una aristocracia de la industria, o una aristocracia parlamentaria, intelectual o guerrera. En realidad, la mentalidad aristocrática se concentra en cada una de ellas, dando idéntico color a la proyección social inglesa. De la aristocracia surgían los hombres que habían de cubrir los asientos parlamentarios, especialmente los de la Cámara de los Lores; de la aristocracia nutrían sus puestos la oficialidad guerrera y marítima; la aristocracia, en fin, componía el brillante cuadro multicolor integrado por damas y caballeros de los paseos y jardines públicos, o de los cafés, gran innovación del siglo XVIII en Londres, en mezcla con los clubs, puestos de moda para obviar el retraimiento de la corte del tercer Jorge.

Los gustos y diversiones aristocráticos habían de estar compen-

---

(41) SALVADOR DE MADARIAGA, op. cit., págs. 47-49.

diados en la producción de un extraordinario lujo londinense, consecuencia de un fuerte capitalismo (42). La sociedad londinense del siglo XVIII, en efecto, se distinguió, entre todas las europeas, por el lujo desplegado en ella. Si en los siglos XIV y XV fueron las italianas, en el XVI las alemanas, en el XVII la española, en el XVIII el triunfo será plenamente de la británica. Entiéndonos bien que no hablamos de la corte, sino de la sociedad. El juego es una de las novedades. Realizado en los casinos y clubs, como también en los cafés, se arriesgaban en él crecidas sumas. Los salones de baile, aparecidos por primera vez en Inglaterra, sin omisión de gasto alguno, son elegantes centros de reunión. De Foe (43) hace ya una descripción del más grande y principal de entre todos los londinenses, el *Panteón*. «El Panteón —dice—, en gusto, magnificencia y novedad de diseño y decorado debe ser proclamado superior a todo edificio de su especie en Europa. Su estancia principal es realmente magnífica. Se halla iluminada por una cúpula central de considerable magnitud. Las estancias laterales también están bellamente exornadas con cuanta invención pueda sugerir el lujo moderno.» En él se daba regularmente cada dos semanas un concierto que, inevitablemente, terminaba en baile.

Los restaurantes distinguidos son, durante todo el siglo XVIII, una especialidad londinense. Como también los «baños», que eran una de las grandes atracciones. Su destino era el de «proporcionar placer a individuos de ambos sexos. Estas casas están amuebladas principescamente. Todo lo que pueda halagar a los sentidos está dispuesto o se proporciona en seguida al que lo pide. En los placeres conservan los ingleses su gravedad, y todo acontece en estos casos con la seriedad que puede imaginarse» (44).

Estas diversiones, complementadas con los paseos aristocráticos, las funciones de teatro y las cacerías, determinan un tipo característico de vida social aristocrática, al margen de la escasa vida de Corte. Los elementos externos de esta sociedad pueden apreciarse todavía en las comedias de Goldsmith y Sheridan; también se conservan en el actual traje de corte, libreas de los lacayos y uniformes de los soldados. El joven galanteador y el petimetre vestían casa-

---

(42) Vid. el excelente estudio que del fenómeno en sí tiene publicado y traducido al castellano. W. SOMBART, op. cit.

(43) Op. cit.

(44) Cfr. V. GLEICHEN RUNWURN: *Das Galante Europa*.

cas de raso blanco o de color; chaleco de seda floreada llegaba hasta las rodillas, y calzón de seda. Medias de seda roja y zapatos de rojos tacones con hebillas de oro y plata, complementaban la indumentaria, que se veía coronada por la camisa de fina holanda, con bellas corbatas de encaje. Cada detalle del atavío se cuidaba primorosamente. La peluca, ensortijada y bien empolvada; la espada colgada de un tahalí de color vivo, el bastón de puño de ámbar, el pañuelo de seda o batista, el reloj con su colgante, el sombrero negro, de ancha ala cuidadosamente curvada y con una cintilla de oro o plata; la caja de rapé, de oro, marfil o carey, llevada en la mano, constituían rayos multicolores, a cuyo lado las damas, ataviadas con delicados corpiños de seda, generosamente escotados, faldas color crema y sombreros de paja adornados con flores, completaban la escenografía de los paseos primaverales o de las funciones de teatro. Los miriñaques, creación del siglo XVIII, ocupaban un diámetro cada vez más amplio; los peinados se levantaban hacia el cielo en cuidadas e inverosímiles composiciones valiéndose de almohadillas de crin. Los lunares postizos en el rostro tenían gran aceptación y el abanico estaba en pleno apogeo. Las pieles, joyas y encajes de la mejor calidad se usaban con abundancia, todo fuertemente perfumado.

Con el ritmo del siglo el petimetre fué derivando hacia los típicos *dandys*, *buck* o, finalmente, el *macaroni* o *swell*, que eran seguidores de la moda, impuesta por Carlos Fox y el Príncipe de Gales, de las casacas de anchos faldones y amplias bocamangas y los largos chalecos. Los balnearios —moda impuesta por la elegancia que suponía la visita todos los años a algunos de ellos, tal como Tunbridge, Epsom Bath— eran escenario de frecuentes bailes de disfraces y constantes juegos de naipes, entre los cuales eran los más comunes el *tresillo*, el *piquet*, el *basset* y el *cribbage*.

Al lado de este tipo aristocrático de ciudad existe el rudo *gentleman* del campo, la *gentry* rural, que dividía su tiempo entre las diversiones de la ciudad y las rudas tareas del campo, tales como la caza, la bebida, las grandes comilonas (45).

Todo, en realidad, era un artificial sistema de vida social que nos pone de manifiesto con total evidencia la existencia en la aristocracia británica de una superabundancia de capital que la

---

(45) El típico *gentleman* rural inglés de la época ha pervivido en el personaje de Addison, Sir Roger de Coverly.



hacia caer en el lujo, al tiempo que mantenía las características formales de una mentalidad aristocratizada por el pensamiento político.

3) *La política y la diplomacia.*—En cuanto que son cuadros directores de la vida inglesa y, por ende, de mentalidad aristocrática tradicional en el sentir británico, parécenos de singular importancia recalcar las características de los hombres que la integraban, para adquirir las tonalidades individuales que posteriormente hemos de comprobar en el juego de la sociedad política.

A la llegada de Bernardo del Campo a Londres, el Ministerio inglés quedaba constituido del siguiente modo: Lord Rockingham, lord Cavendish, lord Camdem, duque de Graiton, lord Thurlow y Carlos Fox, auténtico director de la política inglesa en este período. Representaba este Ministerio una composición mixta entre *to-ryes* y *whigs*, con predominio de estos últimos.

Carlos Fox, hijo de lord Holland, fué el primer ministro con quien hubo de relacionarse Bernardo del Campo para la solución de los asuntos planteados con España (46). Pese a la descripción que de él hace Russell (47), en la que le presentan como un idealista más que como hombre activo y emprendedor, poco apegado a la riqueza, lector de la *Eneida* en su lecho de muerte, para quien la verdadera civilización es la Grecia y cuyos discursos son sólidos, son sobrios y concluyentes, cual los de Demóstenes, que desprecia la manufactura y las cifras, no podemos asignarle tal carácter a la vista de los hechos narrados por el ministro español en Londres. Poco tiempo después de la constitución del Ministerio, del cual era alma Fox, anunciaba ya Campo su descomposición y la formación de un nuevo grupo político formado por lord North, el duque de Richmond y otros poderosos personajes (48). «Por ahora, dice, se deja en paz a los ministros para que evacuen los multiplicados y graves negocios que hay pendientes, así internos como externos, mediante que éstos le han de traer odiosidad, embarazos y quejas

---

(46) Oficio de Carlos Fox a B. del Campo, comunicándole había sido nombrado secretario de asuntos extranjeros y señalándole día de despacho. Saint James, 2 de abril de 1783, AHN. Estado, Leg. 4.246.

(47) Vid. Lord J. RUSSELL, *The life and times of Fox*. Londres, 1867, 3 vols.

(48) Bernardo del Campo a Floridablanca, Londres, 20 de abril de 1783, AHN. Estado, Leg. 4.246.

del Público»; en lo que se aprecia el espíritu público de los ingleses, pese a su deseo de hacer caer todo un Ministerio.

Por de pronto, y en el aspecto relacionado con España, hemos tenido ocasión de encontrar ángulos de actuación de Fox (49), que le apartan mucho de la concepción idealista que Russel quiere asignarle. Me refiero concretamente al problema del corte de palo de tinte en Campeche, aguda cuestión crítica que habría de tratar Fox con evidente mala fe, acaso por una unión estrecha con los comerciantes ingleses que trabajaban en aquellos territorios. Su política fué la de la dilación, con fútiles pretextos que cada vez exasperaban más al representante español en la Corte de Londres. En cierta ocasión acudió al propio rey Jorge III, aprovechando una favorable coyuntura de encontrarse a solas con él en una partida de caza, y ante sus peticiones, Jorge III hubo de contestarle, refiriéndose a Fox: «Campo, claramente digo a usted que no respondo de él, ni entro en su modo de pensar» (50).

Actuaba Fox al margen de los reales deseos, que, evidentemente, había retrocedido de modo singular en la dirección que, en tiempos de lord Bute y lord North, tuvo en los negocios de la nación. Ladino en sus apreciaciones, sagaz y astuto, como pudiera indicar la traducción castellana de su apellido, Fox conducía su política con respecto al asunto español siguiendo una línea de conducta ajustada radicalmente a los negocios privados de comerciantes ingleses. Esto puede hacer sospechar, con alguna lógica, la existencia de un contrato personal con dichos comerciantes, que le proporcionase a él un elevado lucro. De otro modo, ¿por qué posteriormente, con el nuevo ministerio Pitt, se dejó de pensar en las conveniencias de los comerciantes ingleses, atendiendo con más particular atención los negocios del Estado? En sus relaciones diplomáticas con Fox, Bernardo del Campo no consiguió absolutamente nada y la anarquía política era tal que si en la Cámara baja había seiscientos componentes, unos quinientos «han hecho ban-carrota por sus excesos o se hallan perseguidos por los acreedores» (51). La inmoralidad pública era manifiesta y, así, cita Campo el hecho de que lord Shelburne, en el momento de la firma de la

(49) Vid. mi cit. estudio sobre el particular.

(50) B. del Campo a Floridablanca, Londres, 12 de junio de 1783. AHN. Estado, Leg. 4.246.

(51) Ibidem.

paz, pagase 70.000 libras esterlinas de deudas que tenía contraídas (52). ¿De dónde consiguió esta elevada suma, en el momento de la firma de un tratado de paz, cuyo retraso hubiese perjudicado mucho a los comerciantes de Londres, que tenían vinculaciones económicas estrechísimas con los territorios que entraban en la órbita pacifista? No hace falta una extraordinaria sagacidad para responder. Se extraña el ministro español de no descubrir en la organización política inglesa las virtudes del sistema, pues «tan lejos estoy de descubrir estas máximas, que sólo observo caprichos, voluntariedades y una inconsecuencia absoluta en todo» (53).

En este ambiente político tan crítico —y recordemos, además, su íntima amistad con el disipado príncipe de Gales, que bien pudiera ser, efectivamente, bandera que usase para su propio predominio político, pero lo cual no obsta para que su contaminación moral fuese un hecho, su arbitraje en la moda londinense, su ostentación y pompa, incluso señalada por Bernardo del Campo en su correspondencia (54)— se movía Carlos Fox, que acaso represente el político característico de la época crítica inglesa.

El 17 de diciembre de 1783 Fox, ante la inminencia de su caída, acompañado por otros ministros, acudió a visitar al rey Jorge III, celebrando muy largas conferencias en las que mostró decidido empeño en conservar su puesto, pues «en él se decía puesto por el pueblo y no por la Corona» (55). El 26 de diciembre el rey ordenaba su nuevo Ministerio, en el que figuraban Pitt —lord Chatham— como primer lord de la Tesorería y canciller del Exchequer, el conde de Gower, presidente del Consejo; el duque de Portland como guardasellos, lord Sidney y lord Camarthen, secretarios de Estado para asuntos extranjeros, lord Howe, primer lord el Almirantazgo; el duque de Richmond como jefe de la artillería, y míster Young, secretario de guerra (56).

De este modo caía Fox, elevándose un nuevo Ministerio, en el

(52) Bernardo del Campo a Floridablanca, Londres, 20 de abril de 1783. AHN. Estado, Leg. 4.246.

(53) Ibidem.

(54) B. del Campo a Floridablanca, Londres, 20 de abril de 1783. AHN. Estado, Leg. 4.246.

(55) B. del Campo a Floridablanca, Londres, 19 de diciembre de 1783. AHN. Estado, Leg. 4.246.

(56) Bernardo del Campo a Floridablanca, Londres, 28 de diciembre de 1783. AHN. Estado, Leg. 4.246.

que destacaban dos grandes figuras: la de lord Chatham y la de lord Camarthen.

William Pitt, hijo de lord Chatham, aureolado con la gloria de su padre, sube al poder a los veinticinco años, que para otros bien pudiera ser todavía edad formativa o de estudios superiores. De gran talla, dotado con un carácter férreo, desdenguado y por encima de todos, no será precisamente un dechado de simpatía. Es un hombre nacido para mandar y no para seducir; práctico, discursador, elocuente, representa la clase de los abogados que a favor de grandes negocios no ha cesado de mejorar a lo largo del siglo. Su entrega a la política es total y absoluta; concede prebendas y dignidades, sin tomarlas para sí mismo. Esto constituyó su fuerza, dándole prestigio y asegurándose la autoridad moral que fortifican su derecho de gobernar en Inglaterra. El mismo rey reconoce que aun no siendo un auténtico *tory* se consuela pensando que todos los *tories* acatan la dirección del nuevo jefe (57.)

Aun siendo hijo de *whig*, Pitt no es de hecho ni *whig* ni *tory*. Es la individualidad poderosa y genial que necesitaba entonces Inglaterra para salir del marasmo político y social en que había caído. En rigor él no fué hacia el torismo, sino este partido, en masa, hacia él. De modo que, al igual que su padre, habría de apoyarse en la opinión pública. En ella encontrará su verdadera fuerza el joven político. El partido *tory* irá rápidamente hacia él, y él lo renovará y dará nuevas fuerzas de acción política.

El verdadero valor de Pitt fué el de haber sabido remontar la aguda crisis política interna por la que cruzaba Inglaterra. Lo consiguió, lo cual es importante señalar, por la vía económica: restableciendo el poderío económico inglés, para lo cual habría de apoyarse en bases de tipo comercial e industrial principalmente. Se dirige, con especial preferencia, para nombrar sus más directos colaboradores hacia hombres jóvenes, activos, emprendedores, es decir, hacia las clases de sociedades que forman, con su esfuerzo y su trabajo, la riqueza y poderío de Inglaterra. William Pitt encuentra descanso en la lectura de la obra de Adam Smith, estudiando al pormenor los problemas del comercio, de la manufactura y las fianzas. Es, ante todo, hombre eminentemente realista,

---

(57) Vid. J. HOLLAND ROSE, *Pitt and the national revival*. Londres, año 1911.

que fundamenta su política al tiempo en que vive. De este modo, con esta adecuación de tiempo y acción, habría de conseguir brillantísimos resultados. Sus reformas económicas, financieras y políticas, conducirán a Inglaterra a un grado de madurez tal, que de ella habría de partir el lanzamiento imperialista mundial (58), es el paso de la interinidad al valor universal.

Las impresiones que Bernardo del Campo tiene de Pitt, coinciden fundamentalmente con estos caracteres señalados. En la primera entrevista que tuvo con él, Campo se convenció de que era «claro y metódico en su modo de tratar los asuntos» (59). Respecto a su honradez de pensamiento, en muchas ocasiones lo testifica, como cuando habla de la oposición parlamentaria —antes de que el rey disolviese el Parlamento— ante la cual «el honrado Pitt se veía apuradísimo» (60) para conseguir se aprobase su *bill* de la India. Pero precisamente por su señalado carácter de hombre debido a la opinión pública y, por tanto, pendiente de la oposición parlamentaria, Pitt fué algo lento en sus resoluciones políticas, especialmente en las tratadas con España respecto al asunto de la costa de Mosquitos, por temor a las críticas que se le harían en el Parlamento «si obraba vil y bajamente contra la dignidad de esta Corona y la protección debida a aquellos colonos» (61).

Se presenta, pues, William Pitt, como hombre de recto y honrado proceder político, pero subordinado a unas líneas generales de tradición política que para él residían, de modo fundamental, en la opinión pública y, sobre todo, en el Parlamento, al tiempo que, como representante de la Corona, consideraba su deber velar por la dignidad y grandeza de ésta.

Como colaborador en los asuntos exteriores tuvo Pitt a lord Camarthen, excelente caballero que expuso claramente cuál habría de ser su política con amigos y enemigos, inmediatamente después de tomar posesión del ministerio: «Me manejaré con unos y con otros sin hacer bajezas ni dobleces, ni cosas irregulares. Juego limpio y cuento a los de partido mi cortesanía con los del

(58) Ibidem.

(59) B. del Campo a Floridablanca, Londres, 18 de mayo de 1784. AHN. Estado, Leg. 4.256.

(60) Bernardo del Campo a Floridablanca, Londres, 16 de enero de 1784. AHN. Estado, Leg. 4.256.

(61) B. del Campo a Floridablanca, Londres, 18 de mayo de 1784. AHN. Estado, Leg. 4.256.

otro...» (62). Bien lo demostró cuando, habiendo nombrado Camarthen un individuo entendido para que iniciara las conversaciones con Campo respecto a los asuntos comerciales de ambas naciones, previamente le preguntó si era de su agrado dicho comisionado (63), deferencia que jamás tuvieron los políticos de la era de Fox.

A lo largo de todas las relaciones con Bernado del Campo pudo éste apreciar, y así lo escribe constantemente en su correspondencia oficial y privada (64), la honradez de carácter y procedimientos de Camarthen, respondiendo a una tónica general del nuevo Ministerio dirigido por Pitt y que, de modo radical, se diferenciaba del que inspirara Fox.

Este continuó su labor de oposición a Pitt en el Parlamento, y en 1789 estuvo a punto de volver a gobernar, aunque finalmente habría de imponerse el prestigio de Pitt (65).

La diplomacia merece ser estudiada con atención. Pero no vamos a estudiar la diplomacia británica, que tenía su centro de actuación en los distintos Estados y países europeos, sin los representantes de la diplomacia de estos países y naciones. Bernardo del Campo nos hace excelentes pinturas psicológicas y personales de cada uno de ellos, que es preciso aprovechar para conocer un matiz más de la sociedad inglesa, ya que, según la concepción de la época, los representantes diplomáticos en las respectivos Cortes eran considerados como auténticos miembros de ellas. En Londres, por ejemplo, acudían a todas las recepciones del Palacio real, participaban en las expediciones cinegéticas, tenían los centros de diversiones en los mismos lugares que la aristocracia y los políticos y, en suma, formaban parte integrante de la sociedad inglesa, si bien cada cual conservaba las vinculaciones políticas con el país de origen, y, en ocasiones, sus propias costumbres, sin mimetizarse totalmente con la sociedad británica.

---

(62) B. del Campo a Floridablanca. Londres, 2 de enero de 1784. AHN. Estado, Leg. 4.256.

(63) Este comisionado fué Woodford, que en Madrid había sido secretario de Embajada y amigo personal de B. del Campo. B. del Campo a Floridablanca, Londres, 18 de mayo de 1784. AHN. Estado, Leg. 4.256.

(64) Vid. mi citado estudio.

(65) Me refiero a la debilidad mental de Jorge III, que hizo acceder a la Regencia al disipado Príncipe de Gales, cuyo ídolo era Carlos Fox.

El conde de Moutier (66), representante de Francia, lo supone de buena intención no sólo en lo que atañe a los asuntos de su corte, sino también en los que a España, vinculada estrechamente a Francia por pactos familiares, se referían. Sin embargo, hombre de poca edad y muy escasa experiencia, es un producto de la época, revistiéndose de condiciones de trabajador infatigable. En las reuniones entre personas de confianza, hacía frecuentes alardes de ingenio y una premiosa oficiosidad. Esto no era obstáculo para que el conde de Moutier compartiese estos matices con una indudable hombría de bien y celo por los asuntos que le eran encomendados. Sutilmente consiguió Campo hacerse con su amistad y confianza de modo que le leyese cuantos despachos le llegaban de su Corte, utilizándolo también para «verter especies que yo no quería hacer por mí» (67).

Nápoles —único Estado italiano, junto a Piamonte, organizado en el siglo XVIII, con seis millones de habitantes, ejércitos y flotas comerciales, excelentes puertos y una renta francesa de treinta millones de libras, además de sus recursos propios— estaba representado por el príncipe de Caramanico, «bellísimo Cavallero» (68), honrado, formal, de talento y razonable conducta, íntimamente entroncado a Bernardo del Campo por el celo que los asuntos de la Casa de Borbón le producían, se dedicaba, por darle poco trabajo su ministerio, a estudiar las costumbres y culturas inglesas. Gozaba también Campo su confianza y deferencia, «que comprendo es querer mostrar con ello el respeto que su Soberano y su Corte deben tener al Rey Nuestro Señor» (69).

Portugal —tan ligada geográfica y culturalmente a España y tan fuertemente restablecida por obra del gran ministro Pombal— tenía por ministro en Londres al caballero de Pinto (70), quien desde el primer momento se ofreció lealmente a Campo para servirle en cuanto pudiese ayudarle a informarle con sus conocimientos. Sus excelentes prendas personales de corrección, delicadeza y afectuosidad, como las oficiales de cortesía, trato y caballerosi-

---

(66) B. del Campo a Floridablanca, Londres, 20 de abril de 1783. AHN. Estado, Leg. 4.246.

(67) *Ibidem*.

(68) B. del Campo a Floridablanca, Londres, 12 de mayo de 1783. AHN. Estado, Leg. 4.246.

(69) *Ibidem*.

(70) *Ibidem*.

dad, le granjearon la amistad entrañable de Bernardo del Campo, quien tuvo en él al mejor amigo de cuantos trató en Inglaterra.

Por serle poco conocido, no se atreve Bernardo del Campo a emitir un juicio sobre el ministro del emperador, conde Kaguenec, pues no tenía con él confianza personal, como para haberlo estudiado de modo concreto. Sí, en cambio, lo hace de mister de Simolin, representante de la emperatriz de Rusia ante Jorge III. Era el más antiguo de los representantes diplomáticos en el país, o al menos, el que más tiempo llevaba viviendo en la Gran Bretaña, y se había acomodado de tal modo al carácter emprendedor de los habitantes del país y a su espíritu comercial y de empresa que, financiero avisado, supo hacerse con una pequeña fortuna jugando en la Bolsa, con la ventaja de noticias anteriormente adquiridas, acaso prevaliéndose de su puesto (71).

El militarismo prusiano también tenía su representación en la Corte de Londres en la persona del teniente coronel Lucy, natural de Cefalonia y «según aseguran —dice Campo, haciéndose eco de chismes cortesanos— de principios poco brillantes» (72). Joven, alegre y «propiamente lo que se llama un *bon vivant*», se encuentra en la sociedad inglesa de la época como en su elemento, al tiempo que aprovecha estas cualidades personales para investigar, en el seno de esa sociedad, cuanto pasa en Londres, por lo cual «yo también me esmero en cultivarle con un aire marcial» (73), expresa socarronamente Campo.

Por último, destaca al marqués de Cordou, ministro del rey de Cerdeña, que era de los más antiguos en Londres: «Hombre de gran formalidad, honrado a toda prueba, esperaba una licencia de retiro de su Corte, la cual hubo de llegarle en abril de 1783» (74).

Bernardo del Campo, representante de España como ministro Plenipotenciario, completaba el cuadro diplomático de las naciones europeas, acreditadas en Londres en 1783.

(71) B. del Campo a Floridablanca, Londres, 20 de mayo de 1783. AHN. Estado, Leg. 4.246.

(72) B. del Campo a Floridablanca, Londres, 1 de junio de 1783. AHN. Estado, Leg. 4.246.

(73) Ibidem.

(74) B. del Campo a Floridablanca, Londres, 20 de abril de 1783. AHN. Estado, Leg. 4.246.



Señalemos la coherencia de estos tan dispersos elementos diplomáticos en un denominador común: la Corte y sociedad inglesas.

4) *El parlamentarismo*.—El eje de la vida política tradicional británica es, indudablemente, el Parlamento, demostrando así que los intereses colectivos predominan sobre los individuales. Explica Madariaga la importancia de la cooperación en Inglaterra (75), haciendo ver cómo el hombre de acción —cualidad eminentemente británica— exige a sus actos un rendimiento. Si este instinto obra en lo colectivo, habremos de constatar la importancia de la cooperación que se aprecia inmediatamente en la vida colectiva inglesa, originando o tendencias éticas —disciplina social— o cualidades políticas —oposición colaboradora— que, ante todo, suponen una cooperación con el grupo adversario para el éxito del juego en su conjunto.

Y esto es el sistema parlamentario: subordinación de intereses individuales a la cooperación colectiva, no sin que actúe una oposición, que en la mayoría de los casos viene a ser colaboradora. Pero en el momento que historiamos, cuando fuerzas de índole fuertemente política se habían enfrentado —prerrogativa real y autodeterminación democrática— el Parlamento británico hubo de tener otro carácter, cuyo cambio proporcionaría precisamente una de las mayores fuerzas operantes al ejecutivo inglés del siglo XIX, en perfecta unidad de acción política, con la generadora oposición.

Después de la experiencia que significaron los disturbios parlamentarios, con su trascendencia popular, del asunto Wilkes (76), que sintiéndose copartícipe de la política del entonces primer ministro, el belicista William Pitt, atacó violentamente al rey, con un lenguaje totalmente revolucionario, lo cual habría de motivar una sistemática acción de represalias, con sus inmediatas repercusiones en el Parlamento, que alegaba el derecho de inviolabilidad de uno de sus miembros (77), se llegó a la conclusión de que era menester una reforma parlamentaria que sometiera a este poder

(75) S. DE MADARIAGA, *Ingleses, franceses, españoles*, cit. supra, páginas 41-42.

(76) JOHN WILKES, diputado en los Comunes, que en 1763 escribió un artículo violentísimo en el *North Briton* (núm. 45, del 23 de abril), en el que ataca el discurso de la Corona sobre la paz.

(77) La mejor biografía de WILKES es la debida a H. BLEACKLEY, *Life of Wilkes*, Londres, 1930.

roso elemento político a las decisiones y acuerdos del gabinete ejecutivo.

Pero este cambio no pudo verificarse hasta el año 1784. El primer Pitt había apoyado toda su política de signo belicista en el Parlamento, en la mayoría *whig*, y en la opinión pública que le adoraba. El joven Pitt tenía que utilizar los mismos elementos de apoyo, exceptuando el partido político, para lo cual lo primero que tenía que conseguir era la fidelidad del Parlamento. Ahora bien, cuando ocurrió el cambio ministerial continuó actuando el Parlamento adicto a Fox, lo cual hubo de retrasar todas las iniciativas reformadoras de Pitt, por la oposición de dicho Parlamento. Este repetido hecho hizo presente la necesidad de disolución y, efectivamente, el 26 de marzo de 1784, el rey dió la orden (78), iniciándose inmediatamente las elecciones (79), que dieron el triunfo a Pitt y al partido *tory*.

Este nuevo Parlamento, reunido por primera vez el 18 de mayo de 1784, dedicóse a las reformas económicas y financieras con mayor intensidad que ninguna otra, llegando a su máxima expresión el año 1785, en el que contando ya con una poderosa mayoría, le permitiría a Pitt realizar sus planes fundamentales de orientación imperialista.

Hemos de ver, pues, en el Parlamento británico de 1784 —con su antecedente de 1768, otro momento de preponderancia— el instrumento utilizado por los gobernantes para fundamentar, según la fórmula tradicional, la política imperialista inglesa. En adelante, las fluctuaciones de partido llevarán implícita la del Parlamento, según uno u otro signo. Sin embargo, ha existido un elemento ordenador, el joven William Pitt, que al echar las bases de una política definida, llevará al prodigio imperialista británico del siglo XIX.

b) LAS FUERZAS MARGINALES DE NUEVO CUÑO.—Al margen de la mentalidad tradicional británica, como producto genuino de los nuevos tiempos, operan en el curso del siglo XVIII, en general, y del período que estudiamos, en particular, una serie de fuerzas de tipo político-social, que cumplirán un papel primordial,

(78) B. del Campo a Floridablanca, Londres, 26 de marzo de 1784. AHN. Estado, Leg. 4.256.

(79) Cifrada de Campo a Floridablanca, Londres, 26 de marzo de 1784. AHN. Estado, Leg. 4.256.

individual y colectivamente, en el nuevo planteamiento de la preponderancia colonialista inglesa. Estas fuerzas, aun teniendo un acusado valor individual, cada una en sí misma, sólo tendrán su efectiva valoración cuando apreciemos su aportación colectiva, cuando lleguemos a saber cuál es el contrapeso que ejercen —junto a los elementos tradicionales ya estudiados— en la vida inglesa. Pero para conseguirlo preciso se hace analizarlas individualmente, como fuerzas sociales que van a adquirir su auténtico valor como de índole política, en su acción conjunta, como fuerzas aprovechables para cumplir unos postulados universales.

1. *El aventurero*.—El tipo de aventurero es de todos los tiempos. Sería tarea inútil intentar presentar la figura social del aventurero como encuadrada en algún determinado período de la historia. Desde que existe el hombre sobre la tierra, ha existido el aventurero. Acaso puede apreciarse una mayor intensidad estadística del tipo aventurero en alguna época concreta, o sea posible acusar la presencia de un determinado tipo de aventurero en algún momento de la historia del mundo, pero lo que es imposible de todo punto es señalar el nacimiento de la modalidad aventurera en un concreto momento de la historia.

En el siglo XVIII existe un elemento que será determinante acusado para calibrar la personalidad del aventurero típico del siglo XVIII. Este elemento es el cosmopolitismo. El espíritu cosmopolita, en audaz contrapeso con el espíritu nacionalista. Este cosmopolitismo, íntimamente mezclado con el colonialismo, y en la coyuntura del formidable ensanche del mundo conocido, dará excelentes resultados en la creación de aventureros, claramente identificados con la época, el momento histórico-cultural y el ambiente.

La aventura se convirtió en un oficio. Los que lo ejercían eran típicos productos del tiempo. En la literatura puede apreciarse cómo el pícaro cede el paso al aventurero; en el teatro, Goldoni escribirá en 1751 *L'avventurière onorato*. Pero la literatura, la novelística, queda empalidecida al comparar sus descripciones con el aventurero vivo. En la Inglaterra del siglo XVIII abundan de modo extraordinario y actúan preferentemente en los territorios coloniales.

Un caso típico es el de la acción aventurera de Roberto Hodgson, que en la costa de Honduras había establecido en el excelente puerto de Bluefields, una pequeña y bonita población con materiales embarcados en Jamaica, emplazando cuatro cañones de corto

calibre y estableciendo un almacén de pólvora. Desde allí mantenía frecuentes relaciones con los indios *mosquitos*, lo cual hacía recelar —esto ocurría después de firmada la paz de 1783, y cuando terminaba el plazo de dieciocho meses otorgado a los súbditos británicos para abandonar aquellos terrenos (80)— que los proyectos de Inglaterra no estaban acordes con los resultados diplomáticos de la referida paz (81).

En cierta ocasión, cuando mantenía Bernardo del Campo una conversación con lord Camarthen, le llevaron a éste una caja cerrada de las que se empleaban para pasar comunicados oficiales de ministerio a ministerio. Contenía una confidencial de lord Sidney, que Camarthen dejó leer a Campo. Aquel papel decía «que no había en su departamento noticias de los ponderados socorros ni de los grandes preparativos, sino, por el contrario, mucho miedo de ser maltratados... Que si había sujetos situados en otros parajes fuera de Mosquitos, serían americanos o fingidos realistas aventureros a probar fortuna. Que con ellos la España podría hacerse justicia... Que no sabía dónde estaba Roberto Hodgson, pero lo que sí sabía era que dicho Hodgson era un picarón» (82).

De modo que mientras en Londres se reconocía a Hodgson como un aventurero al que no se protegía, el Gobierno de Jamaica le proporcionaba toda clase de ayudas para establecer en la costa el excelente puerto de Bluefields. La jugada política no podía ser comprendida por Bernardo del Campo, pero era de una extremada habilidad. Se dividía el cuerpo orgánico de gobierno, de modo que uno de ellos no fuera directamente responsable de las acciones del otro. Por otro lado se aprovechaba la acción personal de los hombres de iniciativa, los aventureros, que actuando según sus propias caracteriologías, aparentaban no tener ligazón con el Gobierno central.

En ocasiones, la figura del aventurero está ligada estrechamente con el ansia de libertad religiosa en Inglaterra, o con la de la búsqueda de espacio vital. Así, fueron muchos los que llegaron hasta el despacho del ministro español en Londres, Bernardo del

---

(80) Tratado definitivo de paz entre España e Inglaterra, AHN. Estado, Leg. 2.772.

(81) Dictamen de Gálvez a Floridablanca, Aranjuez, 10 de mayo de 1785. AHN. Estado, Leg. 4.227.

(82) Despacho de B. del Campo a Floridablanca, Londres, 17 de junio de 1785. AHN. Estado, Leg. 4.227.

Campo, especialmente irlandeses católicos, proponiéndole fletar buques secretamente en Irlanda para que condujesen a numerosas familias hasta Luisiana. A esto habría de contestar Campo, con gran prudencia, «que el rey no sonsacaba a nadie ni se mezclaba en tales manejos, aunque siempre tenía las puertas abiertas para admitir cualquier sujeto útil en la agricultura o manufacturas que quisiese ponerse bajo su suave gobierno» (83).

Entre todas las propuestas que recibió, una fué especialmente interesante: la del teniente coronel don Juan de Conolly. Este, que había estado destinado en aquellos territorios y conocía cuáles eran las líneas expansivas señaladas por los norteamericanos para el futuro, creía que a España le convenía levantar una barrera pobladora contra la futura e inevitable expansión. Su propósito era establecer colonias bajo la dirección de un jefe español (84), establecidas sobre el río Mississippi hasta los 31 grados de latitud Norte, animando a los católicos de la provincia de Maryland, que abundaban, a que se refugiasen en Luisiana. Igualmente pedía se diesen facilidades a familias irlandesas católicas para que poblasen aquellas tierras, proporcionándoles doce meses de provisiones e instrumentos precisos y necesarios para el cultivo. Para él pide que siendo teniente coronel en el servicio de S. M. Británica, se le conceda el mismo empleo bajo el de S. M. Católica, entendiéndose directamente con el gobernador de Luisiana. Claramente se aprecia aquí el espíritu cosmopolita, alentador del espíritu aventurero, anteriormente señalado.

Un último ejemplo de aventurero cabe señalar, éste como resultado de la tendencia inglesa a atraerse a estas gentes que operaban en el mundo. Se trata del aventurero norteamericano Guillermo Augusto Bowles (85), que en su intento de sublevar la Florida contra España, o de unificar bajo un mando único a los indios pobladores de dicha demarcación, hubo de reclamar el auxilio de Inglaterra para llevar adelante sus intentos.

2. *El filósofo*.—Evidentemente existe una diferencia notable

(83) Bernardo del Campo a Floridablanca, Londres, 1 de septiembre de 1783. AHN. Estado, Leg. 4.246.

(84) B. del Campo a Floridablanca, Londres, 16 de septiembre de 1783. AHN. Estado, Leg. 4.246.

(85) Estudiado brillantemente por el Dr. MAURICE W. SULLIVAN, en tesis doctoral, inédita, presentada en la Facultad de Letras de Madrid el 13 de junio de 1952.

entre el tipo del filósofo de épocas anteriores, con la del filósofo del siglo XVIII (86). En la época de las luces y de la razón, el filósofo —amante de la sabiduría— precisa un adjetivo que lo diferenciase; acaso el que mejor le cuadre sea el de filósofo práctico. En él lo esencial será el espíritu de examen exterior e interior, la aplicación práctica de sus teorías filosóficas, que tienden todas hacia el bien público (87). En un siglo, pues, tan preocupado por el bien común es natural tuviese excepcional importancia la figura del filósofo, como definidor, por la vía de la razón, de cuantas premisas conduzcan a él. Añadamos a esto, el concepto utilitario, tan arraigado en la vida inglesa, y adivinaremos con claridad la verdadera importancia del filósofo en la Inglaterra del siglo XVIII.

En este país de filosofía empirista y moral utilitaria, encontramos una amplia teoría filosófica, cuyo principal representante es Bentham, con su doctrina, expuesta en *Introducción a los principios de la moral y de la legislación* (88). Es hostil al ascetismo cristiano e incluso a toda religión. El placer, tan buscado por el hombre, solamente lo encuentra en el trabajo —organizado individualmente por el hombre, sin intervención del Estado— porque, traduciendo fielmente el pensamiento de la nueva Inglaterra, pide lo menos posible al Estado, contando, ante todo, con la iniciativa personal del individuo, aislado o agrupado en asociaciones libres.

La línea filosófica es clarísima, y rápidamente constituirá un cuerpo de doctrina política. Hume (89) fundamenta la base de todo gobierno en la opinión, asentando que la fuerza reside siempre en los gobernados. Prevé el predominio de la Cámara de los

(86) Véase el sutil razonamiento que en este aspecto diferenciador hace PAUL HAZARD, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, trad. de J. MARIAS, Madrid, 1946, p. 264.

(87) En la definición de filósofo, dada en la *Enciclopedia*, se dice, entre otras cosas, y como resumen: «El filósofo es un hombre honrado que obra en todo por razón, y que une a su espíritu de reflexión y de justeza las buenas costumbres y las cualidades sociales»; cit. en P. HAZARD, op. citado, p. 266.

(88) Publicado en 1788, pero concebida muchos años antes, ya que B. del Campo la cita como muy en boga entre la sociedad inglesa en 1784. AHN. Estado, Leg. 4.246.

(89) En *Essays on Political Question*, cit. por A. LIONEL SMITH, *La filosofía política inglesa en los siglos XVII y XVIII*, t. XII de la *Historia del mundo en la Edad Moderna*, de Cambridge, ed. española, Barcelona, 1914, págs. 727-8.

Comunes y la transformación de la nación británica en una república, con lo cual derogó los artificios del vizconde Bolingbroke, que había propugnado la creación de un partido nacional, con la unión de todos al servicio del Estado; por último, Loecke, el gran utilitarista británico, establece la necesidad de formar una sociedad política, único camino para que los hombres abandonen el estado de naturaleza.

Una fuerte filosofía política —que muy pronto habría de mezclarse íntimamente con doctrinas de índole económica del mismo signo y con corrientes metodistas y evangélicas— invade el pensamiento británico, inmediatamente después de la terminación de una guerra —1779-1783— desastrosa para su prestigio como para sus intereses, volviéndose, fundamentando en ella sus propósitos, hacia el porvenir. La importancia de esta corriente, impuesta por el nuevo tipo de filósofo, es grande.

3. *El economista.*—En un país donde el mercantilismo e industrialismo rebosan, donde la filosofía política ha dado uniformidad al pensamiento, en orden a la consecución de una individualización consciente y jerarquizada, en la que el trabajo sea el fundamental factor y la utilidad el gran fin; en donde, por otra parte, se ha ensanchado el horizonte colonial de modo extraordinario, es lógico surgieran grandes figuras de economistas. Y entre todas ellas, es fácil destacar la de Adam Smith, cuyas doctrinas estaban en pleno auge a la llegada a Inglaterra de don Bernardo del Campo (90).

Profesor de Filosofía moral de la Universidad de Glasgow, Adam Smith enseñó ética, jurisprudencia, economía política, que tanto enlace tienen entre sí, al menos en su pensamiento, como en el de Montesquieu y Quesnay, el jefe de los fisiócratas franceses, del cual es discípulo. No sorprende, pues, que el autor de la *Teoría de los sentimientos morales* saltase al estudio de la riqueza y el trabajo. Indudablemente —escribe— la «riqueza surge del trabajo y no de la tierra», aunque atribuye un gran porcentaje a la naturaleza y su fuerza primitiva, sin la cual el trabajo del hombre no fructificaría. El trabajo es el precio real de los productos. Claro que, sumido en el espectáculo de una Inglaterra, en la que todavía prepondera lo agrícola sobre lo industrial, que exporta can-

---

(90) Privada de B. del Campo a Floridablanca, Londres, 20 de mayo de 1783. AHN. Estado, Leg. 4.246.

tidades ingentes de trigo y muy poco carbón y hierro, señala la preponderancia del estado agrícola, en Inglaterra como en Europa. Así se expresa en su gran obra *The wealth of the nations*, en la que al tiempo que presenta la imagen de un nuevo mundo del trabajo, se constituye en guía de la ciencia económica liberal del siglo, inspirando no solamente a los economistas de todos los países, sino a los políticos ingleses, como, por ejemplo, a William Pitt, del que dice Bernardo del Campo que «es un realista que devora la obra de Smith» (91).

Entre el proteccionismo y el libre cambio, por ejemplo, Pitt se encuentra en una posición intermedia. Influído fuertemente por las doctrinas de Adam Smith y las máximas extendidas desde Hume hasta Bentham, su política se deja llevar por corrientes reformadoras de tipo económico, en lo que reside el secreto de su triunfo, y el de la futura preponderancia imperialista de Inglaterra.

4. *El literato*.—El abate Raynal ha sintetizado claramente el papel del literato al decir que había llegado a ser en el siglo XVIII «un ciudadano importante». Otorgar de este modo carta de ciudadanía a un elemento social de tanta importancia y trascendencia como es el publicista, es ya de por sí definidor. Con ello saldrán del servicio de los grandes, de la protección de los mecenas, emancipándose, con lo cual tendrán una mayor libertad de expresión y gozarán de una alta consideración en el concierto universal de las gentes.

Las letras británicas tienen la misión de abrir de nuevo las fuentes del sentimiento, si bien potentes focos quedan adscritos al racionalismo clásico. Después de *Clarisa Harlowe*, la *Mesiada* de Klopstock y el *Ossian* de Macpherson, el sentimentalismo y la inspiración harán revivir una característica de los pueblos del Norte, comunicándoles el ansia de abrir, libremente, al conocimiento de todos, el fonde de sus almas, al tiempo que se fortalecen en la firme voluntad de librarse de la tradición racionalista y clásica, en nombre de los derechos del individuo y, más adelante, de los derechos, todavía muy vagos, de la nación, la raza y sus tradiciones propias.

Al lado de poetas que traen acentos verdaderamente nuevos,

---

(91) Campo a Floridablanca, Londres, 9 de marzo de 1785. AHN. Estado, Leg. 4.232.



como James Thomson, Willian Collins y Edward Young, un Richardson destaca la fuerza del sentimentalismo, que si bien es plenamente desarrollada por Rousseau, encuentra su prístino jular en el inglés.

Así, pues, el literato ha encontrado su libertad de acción y ha proyectado sobre las gentes las ideas de su entendimiento. Estas ideas han provocado el gusto por el «retorno a la naturaleza», la manifestación de la personalidad individual, y el sentimiento de un vínculo vivo de unión entre el hombre y la naturaleza. En una palabra, el impulso romántico se impone, a través de los literatos de la época sobre la sociedad inglesa del siglo XVIII.

5. *El burgués* (92).—La mentalidad burguesa se desarrolla plenamente en el siglo XVIII, aunque con anterioridad hubiese ya despuntado en la conciencia de los hombres. Los fenómenos externos de su erección habrían de ser los consustanciales con los fenómenos económicos de transferencias de fortunas, baja y alza de precios, variación de los balances, correspondiéndose socialmente con la aparición del liberalismo, la decadencia de la aristocracia y el ascenso de las clases medias. En el tránsito del abandono de lo trascendente por lo positivo, de las especulaciones sobre el mundo por el dominio de ese mundo, habremos de encontrar la segura línea ascendente de la burguesía. La literatura es abundante en ejemplos del ascenso vertiginoso de un estamento social cuyas fronteras no son precisas, pero que tienen una caracterización clara, muy acorde con los tiempos, que es la riqueza. En el teatro inglés, el *The London Merchant* caricaturiza al caballero burgués que tiene, por encima del código de vida ordinario, el código del honor comercial.

En Inglaterra, donde tan acusadamente se da el clima propicio a la aparición del burgués, en su búsqueda afanosa de la riqueza y la propiedad que le hará acceder a los máximos derechos abunda de modo extraordinario el burgués, especialmente en los campos comercial y bancario (93). El comerciante inglés adquiere un papel preponderante incrustando el ansia de beneficio entre

---

(92) Entiendo por burguesía, una mentalidad homogénea de determinado grupo de gentes que han encontrado su hora en la adecuación del tiempo y las ideas.

(93) La burguesía industrial no tomará carta de ciudadanía hasta la plenitud del siglo XIX.

los políticos y gobernantes (94). Naturalmente, existe también la situación débil económicamente de Inglaterra a la terminación de la guerra, expuesta en pocas palabras por Bernardo del Campo al decir que «el fondo del negocio estriba en que hay efectiva escasez de especia; muchas deudas y atrasos que pagar; una perspectiva poco lisonjera, pues, a pesar de la paz, las cargas corrientes superan las rentas» (95). Y esta situación hizo que en gran parte el Estado dependiese, en adelante, de la burguesía comerciante. La que poseía las especias, la que había adelantado dinero y la que, *de facto*, se sentía participante de las empresas del Estado.

En cuanto a la burguesía bancaria, súbitamente encumbrada merced a ese formidable instrumento comercial que es el crédito, ha accedido rápidamente a la vida política, o bien en virtud de ese mismo instrumento, o bien comprando a precios fabulosos las tierras de los condados y *burgos*. Estrechamente vinculados al Estado, hacen en común sus negocios y empréstitos y de este modo van cada vez con mayor intensidad, haciéndose cargo de los puestos directivos de la sociedad, lo cual hubo de ser fácil, cuando era ésta una buscadora incansable de la riqueza, que ellos poseían.

De este modo, se enquistaba en la vida oficial inglesa (96) toda una mentalidad social —la burguesa—, representada por hombres de dinero, en la gradación: comercial, banquera, industrial. Y este fenómeno alcanza su punto culminante de expresión en el momento histórico que estudiamos. La política, eminentemente económica de William Pitt, haría el milagro de la plena ascensión del burgués en la vida social política inglesa.

6. *El industrial*.—El potencial industrial de Gran Bretaña no encontrará su máxima expresión hasta el siglo XIX. Pero la influencia del industrial en la sociedad, se perfila ya nítidamente en el XVIII y concretamente, en el período 1675-1790. El capitalismo, es, como en el caso anterior, el gran motor que revoluciona la

(94) Bernardo del Campo habla claramente de este fenómeno, cuando dice: «... el Mr. Fox, como muchos de entre ellos (los políticos) tienen intereses en las Compañías inglesas, con lo cual los negocios retrasan su solución en muchos meses y años...»; Bernardo del Campo a Floridablanca, Londres, 8 de junio de 1783. AHN. Estado, Leg. 4.246.

(95) B. del Campo a Floridablanca, Londres, 16 de noviembre de 1783. AHN. Estado, Leg. 4.246.

(96) El fenómeno es mundial, pero acaso sea en Inglaterra donde mayor auge alcanzó.

industria. Hacia 1789, se asiste en Inglaterra al nacimiento de la «gran industria», que pone plenamente de manifiesto el paso definitivo de la corporación casera, a la auténtica industria nacional inglesa, mientras en el aspecto humano se llegó a la concreción del tipo del industrial, como elemento clave en la vida británica. Claro que socialmente, hay que distinguir en esta importante vía capitalista, la existencia, desde entonces, de una separación clasista entre productores u obreros y empresarios o industriales propiamente dicho, a los cuales me refiero, quedando los primeros en situación inferior a la de los antiguos trabajadores de los gremios, que eran dueños del producto de su labor.

El nuevo planteamiento de la distribución de la riqueza producida provoca una fuerte escisión, por lo cual si con el cambio se beneficiaron los obreros al pasar del campo a la industria, esta habría de reportarles menos bienestar y escasa felicidad, por la diferencia de relaciones existentes entre patrono y dependientes, que si antaño eran amistosas, hogaño provocaron en más de una ocasión fuertes disturbios y prolongadas revueltas. El riesgo —períodos de paro, disminución en los salarios, accidentes de trabajo— fué otro elemento en contra de la seguridad del trabajador, cuyas condiciones de vida higiénica bajaron mucho también (97).

Pero, en cambio, el industrial empresario fué uno de los grandes resortes del capitalismo británico y el que más incrementó, con sus aportaciones al capitalismo bancario, que, a su vez, con sus constantes préstamos al Estado, capitalizaba fuertemente la vida social y política de Inglaterra.

La industria, por otra parte, surte al comercio de efectos para realizarlo. Y el Gobierno lo encauza todo ello hacia el mercado americano, con lo cual «las dos naciones estrechan cada día más sus enlaces y relaciones haciendo que gocen aquellos naturales en los dominios europeos de Inglaterra muchas más ventajas que las demás potencias y que, en cambio, logre el comercio inglés una gran y permanente superioridad en aquellos Estados...» (98).

7. *El periodista.*—En un país donde la opinión pública tiene

(97) Acaso fueron estos motivos los que llevaron a una continua emigración de artífices, especialmente fabricantes de Buckingham, a América, en busca de lugares más apropiados y mercados más beneficiosos. Campo a Floridablanca, Londres, 9 de agosto de 1783. AHN. Estado, Leg. 4.246.

(98) B. del Campo a Floridablanca, Londres, 20 de abril de 1784. AHN. Estado, Leg. 4.246.

tanta importancia, donde la crítica se hacía parlamentariamente como método de gobierno, la prensa habría de tomar caracteres gigantescos (99). Se pronunciaba la gente críticamente en voz alta en los numerosos cafés y clubs londinenses y se expresaba en los periódicos. Existían, entre otros, el *London Evening Post* (1727), el *General Evening Post* (1733), la *Gazetteer and London daily Advertiser* (1741), el *North Briton*, la *Saint James Chronicle*, etcétera. Por regla general, para informar al Gobierno español de la opinión pública británica, Bernardo del Campo, con su correspondencia, enviaba ejemplares de estos periódicos londinenses.

Así, el periodista fué rápidamente otra fuerza importante a contar en la sociedad inglesa, con sus críticas al Gobierno y sus incorporaciones activas a la vida pública, especialmente cuando se ordenó la detención de John Wilkes por su artículo insultante contra el mismo rey publicado en el *North Briton* (100), que era, en suma, la demostración de la libertad de crítica inglesa encarnada en la libre expresión periodística. La incorporación, con sus característicos acentos, de la Prensa a los negocios públicos es constante. Se lanzaban editoriales y artículos destinados a informar al público inglés de todos los grandes asuntos internos y exteriores que tenía planteados el Gobierno, pero se criticaba también la labor de éste en cualquiera de las resoluciones que tomase. De este modo, el periodista, creación genuinamente inglesa del siglo XVIII, vino a ser algo así como el guía de las conciencias británicas, unificando, de paso, la opinión pública. Cuando el Gobierno de Pitt pudo integrar en la comunidad política inglesa la expresión periodística (101), se dió un formidable paso en la utilización racional de esta nueva y poderosa fuerza pública.

8. *El francmasón*.—Esta fuerza gigantesca oculta, característica del siglo XVIII, tiene su nacimiento en Inglaterra (102) y des-

---

(99) Inglaterra contaba en esta época, casi como único país, con una prensa activa y variada; vid. *The letters of Junius*, ed. por C. W. Everett, Londres, 1927.

(100) Vid. nota 76.

(101) En las numerosas gacetas británicas enviadas por Bernardo del Campo a Floridablanca, conservadas en la correspondencia diplomática de aquél en el AHN., puede apreciarse claramente el espíritu de colaboración existente en toda la prensa inglesa con respecto a las medidas gubernamentales de Pitt.

(102) El nombre inglés, *free-mason*, fué el que dió, en las distintas lenguas nacionales, la fundamentación.

de la isla adquiere un movimiento radial hacia el mundo entero, extendiéndose con rapidez vertiginosa. A las logias se afilian los notables, los burgueses acomodados, los detentadores de profesiones liberales. Las excomuniones lanzadas contra la secta por Clemente XII en 1738 y por Benedicto XIV en 1751, poco efecto habrían de hacer en la Inglaterra escindida del cuerpo católico romano. La fuerza de esta nueva organización fué inmensa y su acción estuvo encaminada —según el común sentir del siglo— a librar una guerra despiadada contra los privilegiados y los déspotas. Poco a poco fué adquiriendo un matiz netamente antirreligioso, si bien, primitivamente, y en especial en Inglaterra, habría de tener un carácter principalmente político. Lo que ocurrió es que a engrosar sus filas acudieron gran número de deístas y ateos que poco a poco se impusieron dando un carácter definitivamente antirreligioso, por semejanza de ideas, intenciones y voluntades.

Esta fuerza oculta, hábilmente manejada por Inglaterra —y aquí sería preciso destacar la influencia de la masonería en la descomposición social y política de la población española de América, como factor importante del fenómeno independentista (103)— hubo de significar una importante aportación al esfuerzo conjunto de dominación mundial, máxime teniendo en cuenta la clase de gentes que integraban la Gran Logia de Inglaterra —burgueses ricos, banqueros, industriales, políticos— que indudablemente habrían de aprovechar la gran fuerza expansiva de esta secta para minar poblaciones y arrastrarlas a la simpatía del «país de las libertades».

No he tenido la fortuna de encontrar referencia alguna a la masonería en la correspondencia diplomática de Bernardo del Campo, pero parece conveniente incluir este elemento fundamental en la consideración sociológica del imperialismo histórico británico (104).

9. El «Clubman».—En la vida inglesa tiene tanta importancia el club, como en la española del siglo XIX y principios del XX el café. El instinto natural de asociación británica, radicalmente

---

(103) Cfr. mi trabajo en publicación *América española en el siglo XVIII*, Barcelona; en la *Historia Social y Económica de España y América*, dirigida por J. VICÉNS VIVES.

(104) Puede consultarse al respecto, aunque no sitúe el fenómeno históricamente, sino en lo ideológico, la citada obra de P. HAZZARD, p. 260 et seq.

opuesto al feroz individualismo ibérico, habrían de diferenciar, sin embargo, ambas tendencias.

El *fairplay* es un sistema británico, norma de su moral. Designa el término la adaptación perfecta del jugador al juego considerado en su conjunto, lo cual exige imperativamente la abnegación del individuo ante el equipo, aunque no signifique en modo alguno la anulación de su individualidad. El *Clubman*, asociado en su club con amigos y correligionarios, lleva su vida privada, en otros países de singular relieve familiar, a una concreción de tipo asociativo. Esto es importantísimo, en cuanto revela la existencia, a ultranza, de una vida colectiva, y más todavía, en cuanto significa prolongación de la vida pública británica.

La presencia del hombre en el club es fundamental para entender la proyección políticosocial de la vida inglesa, «pues así adquieren todos una compenetración unitaria ante los problemas de cualquier tipo que se presenten...» (105).

10. *El burócrata*.—La figura del burócrata, por último, nos parece importante considerarla también, porque siendo de segundo y aun de tercer orden en la consideración global de la sociedad inglesa, tienen un papel importantísimo en el desarrollo de la vida administrativa. El *Civil service*, o conjunto de los servicios administrativos de los ministerios, es la verdadera fuerza motriz del gabinete británico. Adornado el hombre que cumple su oscura misión con relevantes cualidades de espíritu público —con una abnegada y total entrega a los intereses del país— y de eficacia en el trabajo, su fuerza es realmente grande, no sólo en la consideración individual, sino, particularmente, en la consideración colectiva. No es la burocracia informe y desorganizada que, o tiene que centralizarse en una sola persona, o distribuirse entre individualidades carentes de identidad de acción, sino el conjunto armónico e identificado en todas sus partes, que tantas batallas administrativas y burocráticas ha ganado, a lo largo de la historia, para Inglaterra.

Mr. Fraser, un empleado de la Secretaría de Estado, antiguo amigo personal de Bernardo del Campo, puede ser el ejemplo de esta burocracia operante británica. Hombre activo, inteligente, sumamente cuidadoso de los asuntos que le eran encomendados, es

---

(105) B. del Campo a Floridablanca, Londres, 15 de julio de 1786, AHN. Estado, Leg. 4.227.

taba totalmente incontaminado de las lacras de que pudiese adolecer cualquier representante de la política inglesa (106), por su dedicación absoluta al trabajo que tenía encomendado.

c) LA ACCIÓN TRANSFORMADORA RELIGIOSA.—De intento hemos dejado para estudiar aparte la acción que la transformación religiosa inglesa haya podido ejercer sobre la sociedad, pues aunque también podríamos englobarlas como fuerzas de nuevo cuño, ello hubiese implicado una deformación del valor de cada una de estas fuerzas en el conjunto social británico. Porque las fuerzas religiosas nuevas vienen a significar la potencia moderadora que podría realizar el equilibrio de los intereses divergentes, o por lo menos atenuar la oposición entre las distintas mentalidades. La razón es clara, pero conviene resaltarla: porque era fundamentalmente una fuerza moral.

Ciertamente, la Iglesia anglicana, estrechamente ligada al Estado, estaba impregnada de tolerancia. Se admitía —excepto para los católicos— la igualdad civil sin distinción de religión, lo cual era consecuencia directa del principio de utilidad social que el Obispo Warburton proclamó como fundamental en una religión de Estado (107). Pero si la «Iglesia establecida» quería adaptarse a las necesidades de la nueva sociedad, necesitaba un clero piadoso, instruido e inteligente, del cual carecía, dejando camino libre a las religiones animadas por una fe auténticamente cristiana, que ponía en práctica, como norma de vida, la claridad. El presbiterianismo no sabría emprender esta obra eminentemente social y moralizadora; tampoco los independientes baptistas, ni cualquier otra secta, tan numerosas, englobadas en los *dissenters* (108).

Entonces, hacia 1740, surgirá una nueva secta, el metodismo, derivada de los Hermanos moravos (109), que comienza la predicación de estos ideales en Gales (110), en los distritos mineros e industriales, a aquellos cortesanos decaídos por la inmoralidad, a

(106) Campo a Floridablanca, Londres, 15 de febrero de 1783. AHN. Estado, Leg. 4.246.

(107) Vid. ABBEY y OVERTON, *The English Church in the eighteenth century*. Londres, 1902.

(108) Entre Inglaterra y Escocia más de 2.000.000 de adheridos en una población total que no llegaba a los 9.000.000.

(109) Cuyo centro estaba localizado en Herrnhut, Sajonia, cerca del condado de Zinzerdorf.

(110) JOHN WESLEY, WHITEFIELD, GRIFFITH y otros.

los que comienzan a predicar un cristianismo vivo, fundamentado en la fe y en las virtudes cristianas. La secta no se separa de la Iglesia anglicana, no intenta separarse de ella, pero por su acción reformadora tiende, quiéralo o no, a una ruptura.

Con su constante predicación de la justicia, ejerce sobre patronos y obreros una gran influencia, dotando a todos de una poderosa armadura religiosa y una moral indestructible. De este modo habrá de ejercer una acción duradera y profunda en la nueva sociedad, nacida en el marasmo de la revolución industrial. El sistema de predicadores ambulantes (*itinerant system*) hace que el metodismo actúe al mismo tiempo en todas partes donde se cometen injusticias, donde el orden público está en peligro o donde estallan las revueltas.

Poco a poco, obreros, artesanos, patronos, gentes de la burguesía, escuchan, acercándose cada vez más entre sí. Incluso hombres de poca fe dogmática quedan prendidos en la fe metodista y de toda su doctrina, por lo menos, conservarán la moral. De este modo el metodismo se convertirá en la nueva estructura moral, social e incluso política de Inglaterra. Cada vez más, actuando incansablemente —y en ello sería rápidamente secundada por el evangelismo— llega hasta las más altas clases, incluso hasta los escépticos y libertinos, tanto de costumbres como de espíritu, consiguiendo halagadores resultados, especialmente plasmados en la moralidad comercial y bancaria, resultados que serán característicos del siglo XIX (III).

#### V. PLASMACIÓN DEL JUEGO DE LA SOCIEDAD EN UNIDAD DE ACCIÓN POLÍTICA

Hemos visto hasta aquí cada uno de los elementos integrantes del complejo social británico. Sería, sin embargo, inútil el estudio aislado de ellos, sin estudiar ahora la función que cada cual desempeña en el conjunto. De su juego habrá de salir iluminado el complejo vital británico en el período donde reside el secreto del imperialismo inglés. En él habrán de aprovecharse las fuerzas so-

---

(III) «Inglaterra debe su poder e influencia al cultivo de las cualidades morales»; privada de B. del Campo a Floridablanca, Londres, 20 de abril de 1786. AHN. Estado, Leg. 4.250.



ciales operantes en el cuadro histórico, proyectándolas, en unidad de acción política, sobre el mundo, buscando en su imperialismo expansivo —utilidad de principios— los puntos-clave del mundo. No intentamos hacer geopolítica proyectiva, señalando cómo van poco a poco los británicos en el curso del siglo XIX apoderándose de estos puntos fundamentales para el dominio de los mares, lo que queremos es intentar establecer cómo toda esa acción tiene un compás inicial que es, cronológicamente, el último tercio del siglo XVIII.

Hay un doble proceso funcionalista que hemos de señalar previamente. En primer lugar —centrado el principio funcional en la política imperialista—, una incorporación de las fuerzas sociales a un denominador común, al cual se van subordinando todas estas fuerzas, de puro matiz sociológico; una segunda etapa de proyección de estas fuerzas múltiples, en unidad de acción, de matiz eminentemente político. A ello se presta el marcado cariz político que tiene toda la vida histórica británica. El espíritu de colaboración, la acción conjunta, de equipo, con admirables virtudes para la consecución brillante de estos fines. Sobre tal base brilla con claridad meridiana la utilización de cada uno de estos elementos, ya sean los puramente demográficos —ciudad y campo, con sus respectivas características—, ya las fuerzas económicas, ya las fuerzas sociales, e incluso las mismas fuerzas políticas, a las que se les da un contenido utilitario.

La misma caracteriología de las ciudades inglesas del siglo XVIII es ya altamente definidora. Una periferia de ciudades productoras en las que se concentran los elementos que han de elaborar con su esfuerzo industrial, comercial y agrícola la formación de un capitalismo incipiente —Bristol, Exeter, Lynn, Norwich, Yarmouth, etcétera— y una centralización ciudadana —Londres— acrecentada, precisamente, en virtud del aumento del consumo, que a su vez vino dado por la atracción de la ciudad como centro de vida social, vida política y eje del comercio, con un claro desplazamiento —fenómeno inverso del común— de la nobleza hacia las afueras de la población. Esto nos habla de la importancia excepcional que habría de adquirir una ciudad fundamentada en estos motivos de atracción y en la que el espíritu práctico británico habrá de adaptarse a una división de factores sociales en el terreno puramente ciudadano. Si los humos del carbón, si la actividad mercantil molestaba a la aristocracia, que se desplaza a la periferia de la

población, esto quiere decir, en primer lugar, que la vida social podrá subordinarse a la vida económica mientras que se mantenga la cercanía al centro político.

En el campo ocurre un fenómeno inverso. El campo ha sido siempre fundamentalmente productor, poco consumidor. El éxodo de los grandes señores al centro de la vida pública británica, acentuó más agudamente este carácter propio de producción. El tránsito —lento, pero seguro— del campo inglés de un matiz agrícola, a ser plenamente comercial e industrial, y aun de los grandes propietarios territoriales, en su ansia por aumentar la renta de la tierra, frente al capitalismo comercial e industrial, va convirtiendo poco a poco al agro en centro del capitalismo británico.

Añádase a esto el vertiginoso aumento de la producción —cuatro millones en ochenta años— y tendremos el balance muy favorable de los elementos naturales de Inglaterra para incorporarlos a una acción política decidida. La revolución industrial —especialmente desde que el maquinismo facilitó la explotación del subsuelo—, en la cual se adelantó Inglaterra al resto del mundo europeo, habrá de ser el principal factor de preponderancia que, encauzado por la vía del comercio, proporcionará —he aquí el éxito de Adam Smith— la riqueza necesaria para la proyección política exterior.

Todas las fuerzas de signo social, tanto las tradicionales como las de nuevo cuño, tendrán su función en el orden político. La primera figura del tradicionalismo británico, el rey, que tanto ha luchado por la consecución de la prerrogativa real, ha sido finalmente desplazado del control político con la fórmula netamente británica del «reina, pero no gobierna», con lo cual ha quedado integrado plenamente en una acción política, no subordinada a las decisiones absolutas de una persona. La aristocracia ha quedado totalmente eliminada como clase social, pero, en cambio, ha quedado el producto de reacción ante la vida, es decir, el aristocratismo británico que impregna todas las acciones. Al incorporarse la aristocracia al mando político del país —ya sea como gobernante ejecutivo, ya sea como miembros parlamentarios— la vida política se ha empapado de aristocratismo y, consecuentemente, se ha adquirido una mentalidad que en Inglaterra ha pasado a ser universal, unificando caracteres y proporcionando idéntica reacción ante los fenómenos de la vida, a individuos de las diferentes escalas sociales. Los gustos se han unificado, y de entre todos ellos sobresale el gusto por la política parlamentaria. Incluso la Casa Real in-

glesa se ha extinguido en esta apasionante lucha de partidos, lo que demuestra, en gran parte, esta unificación de conciencias, en aras de un sentimiento común. El fenómeno del lujo en la sociedad británica, especialmente londinense, del último tercio del siglo XVIII, es simplemente la denuncia de un poderoso capitalismo financiero, interesado también fuertemente en la aparición de nuevas mentalidades, de gentes enriquecidas, como pueden ser, por ejemplo, los burgueses.

Este aristocratismo de la vida —con sus derivaciones costumbristas peculiares— va a reflejarse de un modo evidente en las figuras de los grandes políticos y gobernantes de la época que estudiamos. Hijos de políticos, los Fox, Burke, Pitt, Camarthen, guardaban una tradición de tipo político, con conciencia aristocrática por la sucesión de generaciones. Es importante esta continuidad, con las consabidas adecuaciones al momento de actuación de cada uno en la vida pública, que interesa destacar por cuanto signifique de integración en una línea de conducta, o derivación hacia nuevas formas, por imperativo de los tiempos.

El hecho de que uno de los diplomáticos acreditados en la Corte de Londres, se dedicase al juego de la Bolsa, es prueba de la tendencia social hacia la riqueza, imperante en Londres. Ni siquiera el carácter público coartaba el ansia de las gentes por el enriquecimiento, siendo esta otra característica unificadora de la sociedad.

El eje de la vida política —que englobaba todas las demás actividades, por cuanto representantes de todas ellas tendían a ocupar sus escaños— era el Parlamento, que desde 1769 es abiertamente imperialista, acentuando todavía más este carácter con el empuje continuo de William Pitt. La subordinación de los intereses particulares a una cooperación colectiva es la norma de este Parlamento, cuya característica principal, desde la época de Pitt, es la de servir de colaborador a la política ministerial, sin dejar por eso de mantener una oposición de signo partidista, aunque sin coartar la unidad de acción política.

Así, pues, las fuerzas tradicionales quedaban incorporadas a la política, que fuese cual fuese su signo siempre tenía el carácter de proyección universal de lo nacional británico.

Más difícil —por lo que representaba en su operar anárquico— hubo de ser la incorporación y proyección de las fuerzas nacionales de nuevo cuño. Pero la conciliación fué posible gracias

a las virtudes colaboradoras del pueblo inglés y, sobre todo, a la predisposición de las distintas mentalidades a un juego de acción conjunto y efectivo.

El aventurero se incorporó de este modo —y en esto seguía una tradición de siglos— a la cooperación británica. Como particular, representante de Compañías comerciales o simple cosmopolita, llevará el espíritu inglés por todos los mares y tierras del universo. El ser aventurero fué un oficio más en la complicada vida británica que, además, lo utilizó como elemento de choque en tantas ocasiones oficialmente. Se les calificaba de aventureros incontrolados, al tiempo que se aprovechaban los resultados que obtenían.

La filosofía incorporó, en primer lugar, a la vida británica, lo que *a nativitate* era en ella virtud: el utilitarismo, pero ahora fundamentado en la razón. Toda la línea filosófica inglesa es un auténtico cuerpo de doctrina política, hecho por los filósofos para fundamentar una acción de tipo imperialista. Toda la vida pública británica ha estado perfectamente encadenada con una lógica filosófica de carácter empírico y utilitario vuelta hacia el porvenir. Por su parte, la economía tendió —a través de la economía política— a la creación de doctrinas igualmente utilitarias, predicando la riqueza como factor dominador y la libertad como medio de conseguirla.

La literatura, por su parte, ataca el tema del hombre en su aspecto sentimental, y abriendo esas fuentes dan paso al romanticismo, que muy pronto habría de apoderarse de la conciencia del mundo entero, originando formas de vida eminentemente británicas.

El industrialismo crea un nuevo tipo de hombre, dominado fundamentalmente por todas las premisas que los tiempos le inculcaron, mientras que el gran sector de la opinión pública se incorporaba activamente a la vida política a través del tipo humano del periodista, estableciendo desde Pitt una identificación entre la conciencia nacional y los postulados gubernamentales de acción exterior política. El sentido asociativo inglés se manifiesta en los clubs, auténticos centros de vida política. La francmasonería extiende por el mundo el espíritu inglés, mientras que una burocracia sana atiende a la marcha administrativa de la nación y del imperio.

Simultáneamente, una fuerte corriente moralizadora de signo

metodista inculca en las clases productoras inglesas el sentido del deber, el espíritu de colaboración, a través de la caridad cristiana. Extendida a las otras capas de la producción habría de proporcionar una unificación moral entre todos los personajes de la producción, gran fuente de la riqueza capitalista británica.

Todos estos elementos, pues, que la vida social, bajo el denominador común de la política, integra y proyecta en un doble juego, constituyen los fundamentos sociales del imperialismo histórico británico, que supo conjugarlos primero y lanzarlos después, como integrantes de un gran complejo de carácter político, pero que tiene sus bases en la sociedad y en su aprovechamiento utilitario para fines imperialistas, de dominación de los mares, las tierras y los hombres. Este es el gran secreto de Inglaterra, que nos parece importante destacar para poder comprender la fuerza gigantesca puesta en movimiento para la denominación vital del mundo y la creación de la gran comunidad británica, cuyo paradigma bien pudiera sintetizarse uniendo el espíritu de dos vocablos: libertad y cooperación.

MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA

